

LÁGRIMAS DE UN DIOS PLUTÓNICO

SERGIO ACHINELLI

*Asista
al fin del Tiempo,
en directo,
para toda la Humanidad*

Lectulandia

Supongamos.

Supongamos que todos nuestros esfuerzos obtienen recompensa. Que el hombre alcanza la suprema potencia sobre la realidad, que descubre las claves del Universo para ponerlo a su servicio, vence a la adversidad y se libra de la amenaza del león y la tormenta, por siempre. Que la economía descubre el secreto de una fórmula infalible hacia el progreso, que la civilización efectúa un salto fuera de las ataduras de la carne, que el riesgo de los choques sociales se desvanece frente a una cura de quintaesencia.

Supongamos que el hombre alcanza un estado inmutable de infinita perpetuación, sano para sí mismo sobre cualquier contingencia. Supongamos que nuestros sueños se realizan. Supongamos que tú y yo vencemos al Adversario, que podemos acabar con la genética y derrotar a la muerte, más allá de los nichos naturales, fuera del espacio.

Supongamos que tú y yo podemos crear un nuevo mundo del hombre para el hombre, donde reinar supremos por siempre jamás. Supongamos que te ofrezco el trono de alabastro y el anillo del monopolio de la violencia sobre lo real, para ti, hermano.

Supongamos que las leyes físicas se colapsen, que podamos sustituirlas a nuestro antojo. Decidir lo que será y lo que nunca habrá sido; lo que haya de ser. Elegir a los elegidos, profetizar el cambio; verlo verificado como pronosticamos. Supongamos que asumimos nuestro verdadero papel, que nos sepamos dioses; que construimos nuestra saeta en la forja. Supongamos que debemos predecir las dificultades; que comprendemos la necesidad del cambio, de la revolución. Pero que no estamos dispuestos a ser reemplazados. Que descubrimos la manera de cambiarlo todo. Sin cambiar nada. Supongamos que institucionalizamos la mudanza epidérmica y la elevamos a la categoría mitológica de lo inmutable. Supongamos que a esta sociedad la llamamos Mundo Libre, donde el crecimiento sea un deber, y la productividad un requisito de la existencia, donde la riqueza nos haga eternos, pero el principio más sagrado sea la libertad.

Supongamos que éste es nuestro ansiado futuro de conquista, la realización de nuestros sueños.

Supongamos que el pasado no existe y el futuro es hoy.

Porque lo que ha ocurrido está abocado a repetirse, porque el futuro es la memoria de lo posible, este lamento sin tiempo ha recorrido la distancia que los separa. En directo, para toda la Humanidad, abre conmigo el libro de

bronce y sígueme por este glorioso camino. Baja las luces y escucha este susurro, apártate de los tuyos ahora, haz el silencio. Recoge tu alma en el rincón de los enigmas. Es la hora del gran mediodía.

Lectulandia

Sergio Achinelli

Lágrimas de un dios plutónico

ePub r1.0

Banshee 08.06.14

Título original: *Lágrimas de un dios plutónico*

Sergio Achinelli, 2000

Diseño de cubierta: María Emegé

Editor digital: Banshee

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mis hermanos

I.

Supongamos.

Supongamos que todos nuestros esfuerzos obtienen recompensa. Que el hombre alcanza la suprema potencia sobre la realidad, que descubre las claves del Universo para ponerlo a su servicio, vence a la adversidad y se libra de la amenaza del león y la tormenta, por siempre. Que la economía descubre el secreto de una fórmula infalible hacia el progreso, que la civilización efectúa un salto fuera de las ataduras de la carne, que el riesgo de los choques sociales se desvanece frente a una cura de quintaesencia.

Supongamos que el hombre alcanza un estado inmutable de infinita perpetuación, sano para sí mismo sobre cualquier contingencia. Supongamos que nuestros sueños se realizan.

Supongamos que tú y yo vencemos al Adversario, que podemos acabar con la genética y derrotar a la muerte, más allá de los nichos naturales, fuera del espacio. Supongamos que tú y yo podemos crear un nuevo mundo del hombre para el hombre, donde reinar supremos por siempre jamás. Supongamos que te ofrezco el trono de alabastro y el anillo del monopolio de la violencia sobre lo real, para ti, hermano.

Supongamos que las leyes físicas se colapsen, que podamos sustituirlas a nuestro antojo. Decidir lo que será y lo que nunca habrá sido; lo que haya de ser. Elegir a los elegidos, profetizar el cambio; verlo verificado como pronosticamos. Supongamos que asumimos nuestro verdadero papel, que nos sepamos dioses; que construimos nuestra saeta en la forja. Supongamos que debemos predecir las dificultades; que comprendemos la necesidad del cambio, de la revolución. Pero que no estamos dispuestos a ser reemplazados. Que descubrimos la manera de cambiarlo todo. Sin cambiar nada. Supongamos que institucionalizamos la mudanza epidérmica y la elevamos a la categoría mitológica de lo inmutable. Supongamos que a esta sociedad la llamamos Mundo Libre, donde el crecimiento sea un deber, y la productividad un requisito de la existencia, donde la riqueza nos haga eternos, pero el principio más sagrado sea la libertad.

Supongamos que éste es nuestro ansiado futuro de conquista, la realización de nuestros sueños.

Supongamos que el pasado no existe y el futuro es hoy.

Porque lo que ha ocurrido está abocado a repetirse, porque el futuro es la memoria de lo posible, este lamento sin tiempo ha recorrido la distancia que los separa. En directo, para toda la Humanidad, abre conmigo el libro de bronce y sígueme por este glorioso camino. Baja las luces y escucha este susurro, apártate de los tuyos ahora, haz el silencio. Recoge tu alma en el rincón de los enigmas. Es la

hora del gran mediodía.

*Ibant obscuro, sola sub nocte, per umbram
perque domos Ditis vacuas et inania regna.*

VIRGILIO

0.

Dormían desnudos como si fuese la última vez. Los brazos de él rodeaban el cuerpo tierno y cálido de la mujer con una intensa levedad, una devoción necesitada. Ella lo acogía mansamente sobre su pecho. Aquella mujer, había una suerte de tristeza, en su abrazo. Los paños de seda se entregaban al vaivén de la brisa en los ventanales, bajo la luz yaciente del crepúsculo. Alrededor, las ropas descansaban desordenadas sobre una habitación austera, limpia. Él se desprendió del tacto de ella y comenzó a llover. Se encogió de frío y el viento agitó los paños de seda. Abrió los ojos azules como el abismo, con pupilas plegadas, ausentes de sueño y la atmósfera gimió.

El hombre se incorporó con cansancio. Recogió las prendas cercanas y se las fue vistiendo mientras recuperaba las demás. Tomó su gabardina del respaldo de una silla y comprobó con pereza el bolsillo derecho. Entonces, levemente, contempló en silencio el cuerpo desnudo que reposaba sobre las sábanas. Sus cabellos eran dorados, sus ojos, verdes, bajo los párpados. Su rostro poseía una extraña cualidad, una silenciosa, apacible, armonía. Dormía, desnuda, como si fuese la última vez. El hombre dio media vuelta y la hoja impresa de papel blanco se cruzó entonces con su mirada. Observó inmóvil aquella fantasía, como si hubiese trastornado alguna lejana presunción. Como si hubiese creído, por un momento, como un niño, que había despertado en otro mundo. Un mundo diferente. A lo lejos, el lánguido ronroneo del motor de una langosta distrajo su atención. Se encaminó hacia el baño. Lavó sus manos con esmero y enjuagó su rostro sin mirarse en el espejo. Porque él no se miraba en los espejos. Volvió al dormitorio y se detuvo a los pies de la cama.

Extrajo su pistola, disparó a la mujer hasta que hubo muerto y recogió la hoja impresa de papel blanco antes de abandonar el apartamento.

Tres días antes del Fin del Tiempo.

TESIS

1.

Llueve, llueve sobre Hel. Llueve sobre la corteza asfaltada de Hel como caen los pétalos en flor en los jardines atesorados por los delincuentes, recordando a los hombres que lo inmutable existe, que la vida puede perpetuarse por siempre. Llueve sobre Hel y sobre Sadman. Caminando por las calles de la ciudad, Sadman busca, como la vida que se extingue y anhela un consuelo que robar al futuro, como un ladrón enlutado sobre los montes metálicos de la megápolis, ensanche de manzanas podridas que rezuma sociedad y vierte lentamente su misericordia antigua en los desagües de Hel. Vertida, vertida bajo los cimientos de Hel.

Vertida sobre ese espléndido anfitrión que son los cimientos del mundo.

2.

Desde el interior del *Catábasis* no se percibía el estruendo de los motores que lo impulsaban entre las torres de metal hacia su destino, dentro de los Distritos Apóstatas. La luz parpadeaba, roja como los nimbos al atardecer, iluminando las figuras como a ángeles exterminadores.

Apartado del resto, Sadman miraba por una ventana circular con ojos cansados. Un hombrecillo barbudo y enjuto, vestido con ropas oscuras como los demás, revisaba sus armas con indolencia y le sonreía.

“No te preocupes, niño, sólo es una limpieza. Algo cotidiano. Ocurre todos los días”.

Sadman levantó la vista y se encontró con una cara redonda, satisfecha, llena de amabilidad.

“No debes tenerle miedo a esa escoria, niño. Son un grupo de inadaptados que montan jaleo por el placer de hacerlo. No tienen disciplina ni vocación y eso los hace imprudentes. Si alguno se topa contigo lo oirás de lejos y tendrás tiempo suficiente para liquidarlo. Apunta bien y aprieta el gatillo. No conviertas esto en algo personal y no dudarás en el momento más inoportuno”.

Los demás agentes se miraron con estupor. Agacharon la cabeza y se encogieron, como las viejas supersticiosas que oyen un trueno que se aproxima, entre nubes de tormenta.

“Dudar...” dijo Sadman entornando ligeramente los ojos.

“Ya sabes. El miedo puede jugar malas pasadas. De pronto la cabeza se te ensucia con sandeces y pierdes el autocontrol. No es conveniente tener remordimientos en mitad del trabajo. Estas cosas deben dejarse para después”.

Sadman mostraba incertidumbre sincera al decir:

“No entiendo por qué habría de arrepentirme de matar a un hombre”.

Pero sus ojos, aquellos ojos azules, reflejaban una incomprensión ajena a cualquier forma de moral. Miraban desde una inmensa distancia, helaban el aire con una pavorosa indiferencia.

“Bueno, es algo normal. A todos nos ocurre alguna vez. No digo que no me guste mi trabajo, pero cuando toda la violencia nos abandona es difícil aceptar lo que hemos hecho como si nada...”. El hombrecillo ya no sonreía. Sadman lo observaba como un taxonomista, arrastrándolo hacia una sima oscura e inhabitable.

“Venga socio, ¿*nunca* te has arrepentido de matar a alguien?”.

“Soy un asesino, como usted. Matar es mi profesión, no sería sensato arrepentirse de hacer lo que uno debe hacer”.

El profundo azul de aquellos ojos se extendía por la médula del hombrecillo como una enfermedad infecciosa, implorándole que obtuviese la adhesión de ese hombre imperturbable. Se sentía como un niño, obligado a ir al baño en mitad de la madrugada, atenazado, de forma tan absurda como patente, por el terror a los fantasmas que habitaban el pasillo. No podía entenderlo, pero aquellos ojos electrizados despertaban en él un pánico primordial, alejado del campo de batalla, susurrado desde los remotos rincones de la infancia. Hubo de conjurar toda su fuerza de voluntad para invocar el amago de una sonrisa en los labios.

“Ejem. Claro, hijo, no me malinterpretes. Hablas como uno de esos tipos del Ministerio de Sanidad, y por el Fundador que *no soy un disidente*”. Hizo una pausa y se volvió hacia sus colegas en busca de apoyo, pero no lo obtuvo. Todos miraban al suelo con terca determinación. Algo ocurría, algo que se le escapaba. “Pero es normal dudar, ¿no es cierto? A veces ocurre. Ves los cadáveres y piensas tonterías, ya me entiendes. A veces piensas en toda esa gente muerta, y te haces preguntas. Es normal”, concluyó el viejo asesino. Se pasó la mano por la cabeza y añadió de pronto: “Tal vez busquemos una disculpa, ¿verdad? Que nos perdonen por lo que le hemos hecho a toda esa gente. Después de todo, hay quienes luego desean vengar a sus muertos. Es una balanza muy delicada, y jugamos con ella con mucha ligereza”.

Los ojos implacables de Sadman se le clavaban a las órbitas como los de un depredador, fijos sobre él, inmóviles, como la fotografía de una criatura de pesadilla que amenazaba con invadir la realidad para devorarle las entrañas. El soldado parpadeaba como si el aire se hubiera vuelto irrespirable; sentía la necesidad de cerrar los ojos, sentía la necesidad de recuperar el aliento, de desprenderse del peso que se había alojado sobre su nuca.

Sadman dijo: “La Compañía nos manda matar y retransmite públicamente nuestras actividades. Se nos distingue como un modelo de conducta, todos los niños nos idolatran. No entiendo lo que dice”.

Los agentes miraban al suelo, miraban al suelo con fanatismo. Todos sabían que aquel hombrecillo barbudo y enjuto era un viejo soldado de los Bucelarios de Elite, que había sido destinado a Hel después de servir durante cincuenta años en media docena de Mundos Bélicos. Podrían haberle avisado de que estaba discutiendo con Sadman, el mejor asesino de la Historia, el hombre más admirado y famoso del planeta Hel, el único planeta natural del Universo Artificial, la metrópoli del Mundo Libre; un hombre que había matado a los admiradores que osaron pedirle un autógrafo, a los incautos que lo escrutaron demasiado tiempo, a las jóvenes que habían intentado tocar su carne.

El anciano no comprendía por qué las cuatro cámaras de Matadero Cinco grababan su conversación con el hombre de los ojos azules, ignorando al resto. No entendía por qué el pulso de los reporteros temblaba; por qué sonreían.

El anciano no sabía que toda la audiencia de Matadero Cinco, el canal de televisión dedicado a Sadman, retrasaba la hora de la cena, aguardando con entusiasmo el instante ineludible de su muerte.

Los agentes podrían haber intentado salvar la vida de aquel viejo ignorante; pero decidieron asegurarse de que la cólera impronosticable de Sadman se concentrase en un solo objetivo. Lo que desconocían era que aquel escuálido soldado ostentaba, sin saberlo, su propia plusmarca personal: nunca un hombre había sobrevivido a tantos años de guerra como él; se trataba, en suma, del soldado más veterano de la Historia.

“Todo eso es cierto, *muchacho*, pero no es importante”. Se arrepintió al instante del vocativo, pero decidió continuar hablando con la esperanza de que quedase rápidamente olvidado entre las demás palabras. “Es divertido esto de salir en la tele, pero no es la cuestión. El hecho es que robamos vidas. De algún modo, matar nos angustia, porque comprendemos lo fácil que es eso, lo valiosa que es la vida, y no queremos que nos hagan lo mismo que les hacemos a *ellos*”.

El rostro de Sadman era apenas una silueta en la oscuridad de la langosta, pero sus ojos brillaban como si albergasen en su interior dos relámpagos azules a punto de descargar su furia. El viejo asesino intentaba convencerse de que aquélla era una visión imposible, un efecto óptico, pero su cuerpo le gritaba con desesperación que huyera, que saltara del transporte si no había más remedio. La gravedad tendría más piedad de él que aquella demoniaca mirada.

Sin tomar aire antes de hablar, como si sus pulmones se llenasen por ósmosis, Sadman dijo:

“Esa idea es un sinsentido. Es una estúpida contradicción que un asesino en su sano juicio promulgue su derecho a vivir. ¿Acaso se considera superior al resto de los hombres? ¿Tiene usted derecho a vivir y los demás no? Si yo apreciase la vida, aunque sólo fuese la mía, no me dedicaría a destruirla”.

El viejo asesino miró a Sadman atónito; luego todo su miedo se transformó en cólera.

“¡Pero de qué coño hablas! ¿Me estás diciendo que andas por ahí matando gente por una miseria y ni siquiera te importa? ¿Estás loco, tío? ¿Eres un suicida o algo parecido?”. El pequeño individuo daba manotazos contra el aire, envalentonado por su propia osadía. Levantó su fusil con rabia y lo zarandó. El contacto con el arma lo revigorizó aún más. “¡Menudo desgraciado! ¡Esto no es un juguete, *muchacho*!”. Acentuó furiosamente cada sílaba del vocativo, añadió uno o dos improperios y después cayó al suelo como un muñeco, fulminado. El piloto de la aeronave advirtió al girarse que Sadman guardaba su pistola humeante en el bolsillo derecho de la gabardina.

A pesar de lo impropio de la situación, de las dificultades administrativas que generaría la absurda muerte de aquel pálido criminal, el piloto observó el más

religioso silencio, sancionado por todos los allí presentes. Callaron y miraron al suelo, como si honraran algún oscuro ritual de paso. Sadman se volvió hacia la ventana circular con ojos cansados.

El *Catábasis* sobrevoló la Estatua de Plutón espantando las palomas y se alejó de aquel monumento olvidado, antiguo como el Tiempo, manchado de polvo y graffiti.

3.

Los hombres se desplegaron rápidamente por el tejado estableciendo un perímetro de seguridad. Bajo la cobertura del grupo avanzaron hacia los puntos tácticos y tomaron la plaza con eficiencia. Sólo entonces despidieron a la langosta, que se retiró con sigilo a un edificio próximo.

Las instrucciones del Ministerio de la Burocracia clasificaban aquel bloque derruido como el foco de un comando armado de insurgentes. A estos corpúsculos paramilitares que se alzaban contra el Mundo Libre se los llamaba de diferentes formas. La Panóptica se refería a ellos como *negacionistas*, aunque sus Asesinos Públicos los llamaban simplemente *rivales*. Los consumidores preferían aglutinar a todos los terroristas en una gran organización, por lo que la John Black Mass Communication Media (o *Mass Control Means*, según los subversivos) la bautizó con el nombre de *Bluespace*.

A pesar de que la Compañía había creado el Universo Artificial, y por tanto era dueña de todo lo que contenía, Bluespace lograba perfeccionar su armamento de forma periódica e inexplicable, lo que forzaba a la industria bélica a satisfacer la creciente demanda operativa de armas más virulentas. Por su parte, la John Black debía renovarse con tenacidad para adaptarse a las fluctuaciones de la moda marcial. En el Mundo Libre, donde la guerra había sido desterrada a lejanos mundos inertes por motivos de rentabilidad, en el que la muerte era el negocio más lucrativo, no había mentiras. Las cuentas de la Compañía eran diáfanas. La estadística, más que una ciencia, era una afición de la masa, que demandaba una contabilización exhaustiva de todos los pormenores del espectáculo. Muertos anuales, dependiendo de la naturaleza de las heridas, armas más utilizadas en asesinatos de la Compañía, de los rivales, armas más efectivas, menos fiables, hora del mayor número de fallecidos, informes completos de sus forenses, muertes inocentes, nivel social medio de los terroristas, origen de sus familias, muertes por individuo, historiales de los asesinos, tendencias homicidas basadas en el color de los ojos, mes de nacimiento y niveles de colesterol, distancia más frecuente de los disparos, número de combates que se resolvían en el cuerpo a cuerpo, con qué armas y a qué facción favorecían, qué porcentaje anual de inocentes moría por balas perdidas, cuántos por disparos intencionados, qué bando acarreaba el mayor índice en aquel punto, datos precisos de esos inocentes, número de familiares y entrevistas en directo con los familiares; a ser posible mientras moría su pariente.

La Compañía no obtenía el menor provecho económico de aquella contienda. Las pérdidas siempre superaban a los beneficios. Todo el mundo trabajaba para las

Industrias Sair-Sudni, por lo que nadie iba a lamentarse de sacar tajada. La economía del crecimiento perpetuo prometía un mejor nivel de vida, mejores canales de pago, mejor apartamento en un lugar más cercano a la Ciudad Alta, mejor alimentación, ropa más elegante, mejor coche, mejores relojes, mejores amigos, mejor sexo, mejor trabajo, mejores compañeros de trabajo, mejor jefe, mejor secretaria, mejor despacho, mejor vista desde el despacho; y menor probabilidad de que algún desaprensivo le levantase a uno la tapa de los sesos una mañana cualquiera.

Todo el mundo habría sido feliz si la Compañía hubiera encontrado la forma de rentabilizar el conflicto con sus rivales.

Pero no era así.

La Compañía perdía mucho dinero luchando contra ellos, muchísimo. Sus enemigos eran un grave problema y todos los consumidores tenían clara conciencia de ello gracias a los programas informativos de la John Black, que suministraban un pormenorizado seguimiento de cada tiroteo, de cada persecución, de cada muerte de los rivales y de los asesinos.

El Mundo Libre temía a los subversivos.

Saber que la Compañía más grande de la Historia era lo único que se interponía entre la gente de bien y el desastre era, sin duda, un tremendo alivio; y conocer los desarrollos de esta cruzada era del máximo interés público.

Por todo ello estaban los periodistas aquella noche en la azotea de una guarida de insurrectos, coreografiando a los asesinos para obtener un mejor rendimiento plástico de la luz. Y por todo ello estaba allí Sadman, el mejor asesino del Mundo, para acabar con todos los subversivos delante de billones de espectadores ávidos de indagar una noche más en el escurridizo enigma de la muerte.

4.

“Buenas noches, bienvenidos a Matadero Cinco. Hoy les ofrecemos una programación muy especial. En directo desde los Distritos Apóstatas, ¡Sadman! El mejor asesino de la Historia nos deleitará a continuación con su magia. El hombre que jamás sonríe se encargará esta noche de un grupo de Bluespace, armado y peligroso, que se ha hecho fuerte en un bloque residencial.

“Como pueden ver en sus pantallas, Sadman y otros seis asesinos se encuentran ya en el tejado, esperando instrucciones de nuestro enviado especial. ¿Listos? Cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡Adelante! Que comience la matanza”.

5.

Un lejano murmullo tronaba a su alrededor mientras Sadman caminaba en recogimiento. No había pensamientos que enturbiasen su conciencia, se limitaba a caminar sin rumbo, ensimismado.

Nada enturbiaba nunca la mente de Sadman porque aquella mente no podía ser entendida con palabras ordinarias. Porque las palabras perdieron hace mucho tiempo su significado, estos arcaicos símbolos sin contenido eran ineficaces, chocaban contra un muro de impenetrables jerarquías que sólo podía ser traspasado por una lógica no humana. Sadman obedecía a un razonamiento de rugidos primitivos que clamaba una verdad sin conocerla, que no se armaba de retórica para su defensa, sino que la estampaba contra el mundo como una necesidad de espíritu que no atiende a razones. Sadman era un ser primordial, de sustancia comprimida, y por ello, vacío, apenas una carcasa. Sadman vagaba por el mundo como una sombra, anhelando una muerte que le estaba prohibida.

Porque Sadman no podía morir. No como mueren los hombres comunes, atravesados por pedazos de metal ardiente a velocidades fantásticas. A pesar de las copiosas oportunidades que el Mundo Libre le había ofrecido para perecer, nada había minado su aparente invulnerabilidad. Era inexplicable, pero era real. El Ministerio de la Ciencia se vio forzado a declarar años atrás que nunca había intervenido en favor del asesino. Sadman era inmune a cualquier tipo de daño físico y ahí acababa la cuestión. Naturalmente, con el mito nacieron los agnósticos y eran frecuentes los conatos de magnicidio. Cada uno de los fracasos contribuía a reforzar su aureola taumatúrgica. Pero Sadman no gozaba de la simpatía del público fuera de la luz de los focos; no era como esos Asesinos Públicos con asesores de imagen y campañas anuales de publicidad; era un tipo antipático. Desagradable. Cuando abría la boca las butacas del salón dejaban de ser cómodas; su mutismo conseguía que el telespectador retirase el contacto con sus ojos. Sadman no era divertido, y era extraño, porque la mayoría de los asesinos lo era de un modo u otro. Los que no bailaban o cantaban sabían contar chistes hilarantes, iban a la última y rompían las tendencias de la moda, mataban a sus víctimas con armas personalizadas y de formas nuevas —siempre originales—, eran guapos o tremendamente feos, violentos o refinados, brutales o quirúrgicos. De alguna manera destacaban, y por eso estaban ahí, en la cresta de la ola, barriendo en las encuestas. Sadman no era nada de eso. Era un tipo oscuro, taciturno; hermético.

Pero nada de eso importaba en realidad. Cuando Sadman estaba en antena nadie se acordaba del resto de los Asesinos Públicos. El Mundo contenía el aliento ante la

visión estremecedora de lo imposible; los proyectiles esquivando a su ídolo como electrones en las proximidades de un protón. Las masas se arrimaban con avidez al monitor, encendían sus vídeos entre gritos, enmudecían ante la reproducción del prodigio; un hombre inmune al dolor.

6.

Un lejano murmullo tronaba a su alrededor y Sadman caminaba en recogimiento. Caminaba sin que los pensamientos enturbiasen su conciencia, caminaba poseído por la exigencia de un suave murmullo, una llamada milenaria. Recogido en los pliegues de su mente, Sadman se entregaba a los brazos irracionales del viento negro. Caminaba en la soledad más abrumadora, la soledad sensible del que no es sensitivo. La soledad indolente de la indiferencia plena. Sadman era un ser amputado de todo sentimiento, de cualquier afecto humano. Era incapaz de desear, era incapaz de odiar. Porque al ser operado contra el deseo se le priva del odio, de toda emoción.

Excepto de una. Una emoción tan primaria, tan inseparable, que lo acompaña sin importar las amputaciones que sufra.

7.

Una insondable tristeza embistió a Sadman al penetrar en el oscuro bloque de viviendas, tan violentamente que descolgó los brazos entre el tiroteo y los gritos desgarrados. En estos momentos incomprensibles, en los que Sadman se veía a sí mismo asediado por la nostalgia innombrable, lo embargaba la desdicha. Lentamente una lápida de humo le volcaba el alma y él se preguntaba en un susurro si no sería el efecto del tabaco. Pero bien sabía que esa fuerza invisible no poseía nombre para él, que los males del mundo no eran suficientes para envararlo, y que esta tristeza era una desgracia ajena, una burla divina cargada sobre sus hombros como maldición atlántica, y de la que no se libraría. La tristeza le daba ganas de morir con más energía de la acostumbrada.

Tal vez por eso no vio al niño que le salía al paso. Tal vez por eso no reparó en la pistola que aferraba con manos temblorosas.

Y, aunque sea imposible, tal vez por eso la bala le atravesó el vientre con un estampido de cuervos que volaron para huir del pecado de presenciar la violación de una ley cósmica.

Muchos pueblos de pragmatismo formidable desecharon la palabra imposible de su vocabulario; bien habría que congratularlos, sabiendo que tan a menudo se realizan aquellas proezas que con ímpetu insensato juzgamos más allá de lo cabalmente imaginable.

8.

El desconcierto de Sadman sobrevivió al pequeño filohomicida. Se miró el orificio de la herida y contempló con indiferencia la sangre que se escurría entre sus dedos.

Los Asesinos Públicos que lo acompañaban, en cambio, se lo tomaron peor. Quizá pensaron, y puede que tuviesen razón, que este fenómeno extraordinario que se había topado con ellos obedecía a una especial conjunción de astros, a una grieta momentánea en el tejido de la realidad, o algo parecido. De hecho, si lo pensaron no fue durante mucho tiempo, porque comenzaron a disparar a Sadman con urgencia. Todos coincidieron en alimentar la fábula de despachar al inexpugnable.

Y si acertaron en el juicio fallaron en el cálculo. Sadman alzó sus ojos bajo el fuego automático mientras las paredes reventaban a su alrededor, mientras las piedras estallaban en pedazos, ignorándolo como a un tótem protegido por la madre tierra. Y mientras los proyectiles surcaban el espacio sin rozar su cuerpo, Sadman fijó los gélidos ojos azules en sus agresores y comenzó a caminar hacia ellos, destruyéndoles la voluntad y la fe en la inteligencia humana. Siguieron disparando con desesperación porque sabían que ya no había marcha atrás, porque habían desafiado a la Muerte y ella se disponía a cobrarse sus vidas en pago por tamaña osadía.

Disparaban y retrocedían, disparaban y sus corazones mendigaban compasión a un ente inanimado. Disparaban porque aunque hubiesen bajado sus armas en ese preciso instante, les atormentaba la certeza de que el resultado habría sido el mismo; la certeza de conocer cuál sería el momento de su muerte.

Porque la tristeza de Sadman desaparecía frente a la amenaza, embargada por una incontenible necesidad de destruir la fuente del peligro. Nada había allí de humano; aquel empujón no le pertenecía; ante las olas irresistibles de aquel viento de negros embates no era más que un naufrago doblegado al arbitrio de una fuerza primigenia.

En aquellos momentos Sadman se transformaba en una abominación, en la monstruosa guadaña de la Muerte, en un fenómeno tan inexorable como el Tiempo. Por todo ello, Sadman apuntó sistemáticamente a sus colegas y les voló uno a uno la cabeza.

Lentamente, sordo a sus súplicas de clemencia, sin atropellarse.

Sin parpadear.

9.

Sadman caminaba por las calles atestadas como un espectro ignorado por la muchedumbre. Los videoaficionados daban testimonio de asesinatos y violaciones, los francotiradores daban cuenta de los paseantes improductivos; los alastores permanecían alerta a los ataques de los insurgentes y los ejecutivos acudían a la oficina entre una maraña de guardaespaldas metálicos armados hasta los dientes. En las avenidas superpuestas se estrujaban los mensajes cacofónicos y las resplandecientes vallas de doscientos metros cuadrados, las langostas patrullaban el cielo, los monstruosos nubarrones descargaban su lluvia plomiza, los relámpagos restallaban sobre los pararrayos a su capricho, criaturas hediondas limpiaban las lunas de los automóviles confiando sus vidas a la veleidad del semáforo, los televisores ocultaban las fachadas de los rascacielos.

En la entrada del metro dos jóvenes carteristas huían hacia la calle. Uno se ganó el anonimato en la multitud, el otro tropezó, se incorporó, alzó la vista y sus ojos fueron absorbidos por la nada, contemplaron a un hombre rodeado por una burbuja de vacío. Se sumergió en los ojos prohibidos de Sadman y los músculos congelaron su huida. Quiso entonces extraer de su bolsillo algún precioso objeto, olvidando que la muerte le corría al encuentro. Una navaja le rebanó la esperanza y de sus dedos se le escapó la vida y una pluma bañada en sangre que rodó por los escalones que conducían a las fauces abiertas del mundo subterráneo.

El tren era impelido por el magnetismo a través de las tuberías metropolitanas y Sadman miraba por la ventanilla el reflejo de los faros amarillos que se desplomaban en silencio hacia el pasado. Dos niñas grababan el descuartizamiento de un obrero espoleando la creatividad del carnicero y calculando los beneficios que les reportaría el espectáculo. Dos gorilas blindados como columnas de mármol quemado vigilaban el vagón, cerrando filas frente a un escuálido contable de la Compañía que llegaba tarde al trabajo. Dos cromados espadachines miraban con avaricia la piel de pergamino y las gafas abultadas, pero reprimían sus impulsos ante la perspectiva de los cañones de veinticuatro milímetros.

Alguien tiró de la manga de Sadman y luego sus sesos cayeron desparramados por los asientos. El cuerpo convulso del viejo indigente atrajo la atención de las niñas, que se acercaron para almacenar su muerte en formato digital. Con el objetivo acariciando el rostro ennegrecido, la aficionada levantó la cabeza y vio a Sadman, el mayor asesino de la Historia, sentado junto a la ventanilla del vagón, mirándola a los ojos.

Sin poder despegarse de aquel infernal contacto, apagó su cámara y musitó:

“*Han-tâ*, no me mates”.

Sadman observó cuidadosamente los ojos vidriosos y la respiración sofocada, la indefensión de aquella pequeña piltrafa, y ladeó la cabeza hacia los ventanales de cristal.

Sadman era un engendro nacido de la matriz que era el Mundo Libre. Nacido de la progresión incalculable de la estirpe germinal hasta la epigonal, su último peldaño evolutivo. La vida era para él como los focos amarillos que se desplomaban en silencio hacia el pasado.

10.

Porque incluso en seres inmundos hallamos seducción, porque pensaron que no serían dignas o atrevidas las almas que no se arrojasen a la desdicha, el Mundo Libre triunfó donde las alternativas mostraron su flaqueza antigua. Porque subestimaron la capacidad de asombro, el hombre se acodó, se abalanzó, y de un empujoncito se arrojó al abismo. Porque olvidaron que el abismo de los mortales no era el camino hacia el paraíso, la humanidad hizo de él su hogar. Porque los venerables declararon la guerra santa a la técnica y al instinto, la industria y el pueblo desataron su furia científica y su hastío ideológico contra los dioses y las leyes de los dioses. Porque las necesidades del mercado eran gobernadas por hilos invisibles, el mundo aprendió a acomodarse a las exigencias del progreso. Porque la improductividad estorbaba a la expansión, Dios fue desechado por su inoperancia.

Porque la Naturaleza gobernaba el mundo sin consultar a los hombres, se profetizó su caída. Porque todas las profecías acaban cumpliéndose, el Mundo Libre floreció sobre las ruinas del espacio para dar continuidad al Tiempo.

El Tiempo, la sucesión infatigable de las causas hacia el inevitable desencadenamiento de las consecuencias.

11.

A pesar de la hora, a pesar de no haberse despegado aún del calor de las sábanas, Sadman se sentía profundamente cansado. El crujido de los goznes rechinó en su espalda con una desagradable sensación astillada, y desprenderse del peso de la gabardina y la pistola no le alivió de la carga que soportaban sus hombros. Oyó zumbir el televisor mientras iba tanteando su apartamento bajo la luz grisácea que arrojaba sobre los muebles destartados, con los que convivía sin prestarles demasiada atención. El sofá le dio la bienvenida con el abrazo apático al que lo había acostumbrado. Soltó los recibos de la oficina de defunción en la pequeña mesita de madera sintética y ordenó los despojos de los días anteriores para colocar un par de cartones de cigarrillos, una pizza, tres botellas de whisky y una hoja impresa de papel blanco. Miró estas cosas en silencio y vio ante sí lo que valía la vida de un muerto. Cambió de canal y se recostó plácidamente para engullir lo que fuese que daban esa mañana mientras masticaba aburridos nutrientes aderezados con buchets de la botella.

“...Liado una buena, ¿verdad? Ya lo imaginaba. Supongo que querrás hacer las cosas bien. Nadie lo duda pero, ¿a dónde vas a ir a estas horas con esos billetes? Claro, y hasta mañana temprano vas a tener un muerto ilegal en tu sofá. No hay que exagerar tampoco, hombre; *Home Credit Box* te ofrece una solución limpia y rápida a todos los homicidios imprevistos en el hogar. Con tu Cajero Familiar podrás pagar al Ministerio del Homicidio la Expectativa de Producción Vital de tus víctimas de forma instantánea, ¡sin salir de casa! Además, puedes sacar dinero cómodamente para tus pedidos de comida a domicilio y venta por correo. ¡Anímate! Llama ahora y te lo instalamos en el salón antes del amanecer. *Home Cred...*”.

Click.

“La muchacha está muerta... ¿qué tendrá la muchacha?
Los líquidos se escapan de su boca quebrada,
que ha perdido la vida, que ha perdido el color.
La muchacha está pálida en su cama metálica,

están mudos los pulmones de su caja torácica;
y en un vaso, apartado, desangro su corazón...”.

Click.

“...desde el Mundo Bélico Eta Delta. *Astounding Drinks* ha aprovechado la ampliación de capital aprobada ayer por su junta de accionistas para redoblar sus tropas. A pesar de todo, el portavoz ecomilitar de *Rock Cola* ha afirmado hace unos minutos que su Ejército de Tierra no perderá las posiciones que había consolidado en las últimas semanas. Hugh Ripstein es el secretario general de la Comisión Panóptica de Arbitraje de la Ecomancia. ¿Qué valoración le merece este inesperado giro en los acontecimientos?”.

“Buenos días, Ryan. En primer lugar, el incremento de la presión militar de AD confirma el interés de la empresa por extender su catálogo de bebidas. Los beneficios de Rock Cola en el último ejercicio demuestran que el mercado de refrescos ha sido subestimado y AD no parece dispuesta a permitir que RC se siga beneficiando del monopolio”.

“Muchos accionistas de Rock Cola han denunciado a la CPAE por sancionar la OPA hostil de AD. ¿Es cierto que Astounding ha sobornado a la Comisión, señor Ripstein?”.

“Astounding comunicó oficialmente a la CPAE su interés por derribar a Rock Cola de su posición de monopolio. Sus sobornos nos confirmaron que sería un excelente copartícipe de los beneficios de esta línea de productos. RC no mostró ningún interés en compensar con sus fondos la iniciativa de Astounding, así que autorizamos la declaración de guerra”.

“¿Por qué se decidió librar la contienda en Eta Delta, uno de los Mundos Bélicos más cercanos al Círculo de Mundos Capita...?”.

Click.

“...más vieja de Hel, ¿no es así?”.

“Cierto”.

“A día de hoy cuenta con tres mil cuatrocientas veintitrés películas, y ha actuado con los actores más cotizados de la industria... y los mejor dotados también...”.

“Bueno, eso que me lo digan a mí...”.

“Bien, dígame, señora Slurp, con ochenta y seis años, ¿cuál es el secreto para poder follar tantas veces al día? La mayoría de los adolescentes...”.

Click.

“Apunta con suavidad...”.

“Hemos topado con un tirador de primera, ¿verdad, George?”.

“Sin duda, Pablo. Su ritmo cardiaco no se mueve de las cincuenta pulsaciones por minuto, y su pulso es tan firme que a veces parece que la imagen se haya congelado. Pocos tiradores tan expertos suelen conectarse con nosotros”.

“Además, observa cómo tantea los blancos. Los cazadores deportivos suelen ponerse bastante nerviosos frente a las aglomeraciones de presas, pero éste, ¡vaya si tiene unos nervios bien templados!”.

“Ahora pasa por ese grupo de jovencitas con una parsimonia deliciosa... Parece que disfruta viéndolas reír tan alegremente. ¿Crees que se decidirá por alguna de ellas?”.

“Es muy posible, George. En estos momentos debe estar comprobando la Expectativa de Producción Vital de cada una en su monitor. Está saboreando cada segundo tras la mira telescópica... ¡y haciéndonos pasar un buen rato! Ahí se distingue a un verdadero profesional de la caza deportiva: no se precipita nunca, acaricia el pelo y espera el retroceso como un buen orgasmo”.

“El medidor de EPV de la que va en el centro... indica una esperanza de vida restante de treinta años, a unos ocho mil sudnis por año: doscientos cuarenta y cinco mil sudnis”.

“Una multa muy razonable, ¿no te parece?”.

“¡Ahí lo tienes! ¡Vaya disparo!”.

“¡Un impacto limpio en la base de la columna!”.

“Se ha desplomado como si la hubieran desconectado. Qué maravilla”.

“Recuerda también que una chica de esa edad aún no ha desarrollado las caderas, por lo que se necesita mucha experiencia para *segarla* de un solo disparo en esa zona”.

“¿A qué distancia estimas que se encontrará del objetivo?”.

“Pues no sabría decirlo... Considerando la desviación del tiro para compensar el viento, yo diría que...”.

“¡Espera! Creo que lo tenemos al teléfono. Buenos días, ¡menudo disparo!”.

“Bien... sí, por qué negarlo”.

“Hola, te habla Pablo Nguyen, cronista del *Speedball*. Nos preguntábamos ahora mismo...”.

Click.

“No se pierdan la conclusión de la autopsia del *Doctor Aedo* tras la publicidad. ¡Volvemos en un instante con *Quince Minutos de Fama... para el Cadáver!*”.

Click.

“Trescientos setenta y uno en Ciudad Tectónica. Dos mil ciento diecinueve registrados en los Páramos. Cuatro en Bahía Botánica. Cuatrocientos setenta y ocho en Gul Gothay. Mil trescientos cincuenta y tres en el Muro de Hierro. Trescientos cuarenta y nueve en Zareba. Ciento treinta y dos en el Distrito Financiero de Ciudad Vector. Novecientos siete en los Distritos Apóstatas. Once en el Distrito Gubernamental. Ochenta y seis en Onírica. Y cero en la Torre Empírea. Tras el recuento del *Body Lotto* de la última hora, pasamos a detallar los billetes premiados. Con seis aciertos de primera categoría...”.

Click.

“Oh, oh, oh, oh, oh, oh, oh...”.

Slurp, slurp, slurp, slurp, slurp, slurp, slurp, slurp...

Click.

“...treinta mil sudnis no son una tontería, caballero, aunque aún puede doblar su apuesta. ¿Qué decide?”.

“¿Qué pasaría si la doblo?”.

“Bien, al doblar la apuesta gasta uno de sus comodines y añadimos una segunda bala al tambor. Pero si supera la prueba recibirá sesenta mil sudnis, que ya no podrá perder aunque se dispare el...”.

Click.

“¿Qué piensa del aplomo de RC ante el contraataque de Astounding?”.

“Creo que Rock Cola confía mucho en las cualidades de su general de operaciones, Héctor Deífobo, y en su capacidad para repeler la ofensiva y consolidar sus posiciones”.

“Creo que Deífobo es un viejo oficial comisionado de los Bucelarios de Elite de la Panóptica, especializado en táctica defensiva. ¿Cómo es posible que trabaje en el sector privado?”.

“Los Bucelarios no han entrado en combate en los últimos catorce mil años. La Panóptica les permite participar en los conflictos ecomilitares para ganar experiencia. Deífobo es uno de los mejores exponentes del éxito de nuestra política, dada la veteranía que ha acumulado en veinte años al frente de diversas fuerzas ecomilitares...”.

Click.

“De acuerdo, Enry, ha sido todo un placer hablar contigo...”.

“Para mí también. Encantado. Hasta la próxima”.

“Adiós, Enry, esperamos tenerte pronto con nosotros. Y les recordamos a los señores telespectadores que por conectar con *El Punto de Mira* recibirán la oportunidad de pagar la Expectativa de Producción Vital de sus víctimas a través de nuestra cadena, que gestiona directamente con el Ministerio el trámite burocrático del cumplimiento de la Segunda Ley y les deja a ustedes libres de incomodidades legales. No lo duden: antes de apretar el gatillo llamen al número que aparece en pantalla. Además, si su disparo es el mejor de la noche recibirán el premio especial *Holy Moly* cortesía de la revista *Speedball*, representada en nuestro plató por el prestigioso crítico de caza Pablo Nguyen. Bien, Pablo...”.

Click.

“Sin exagerar, ¿qué te parece?”.

“Una verdadera maravilla. Pero el guardamontes...”.

Click.

“Cuchillos con hoja serrada, que también le servirán en la cocina...”.

Click.

“¡Puaj! ¡Vaya guarrada! Es lo más...”.

Click.

“Y, sin embargo, necesitó más de catorce punzadas para reventarle los...”.

Click.

No, si ya les digo yo que esta mujer se tiene merecido el nombre que... Click. Demostrarlo es fácil. Mira: me lo hizo *él* en persona... Click. siendo como es, no parece que vayan a cambiar las cosas... Click. Sistemas Panópticos controla, gracias a... Click. Los ojos no parecen... Click. ...cosido a la vez. Aho... Click. ...y dos cinco, más... Click. oportunidad pa... Click. Entrañas desparra... Click. brutalmente... Click. explo... Click. abr... Click. cuan... Click. lo men... Click. sino Click. de f Click. colg Click une click tas click nie click eter click pr click jo click te click a click click click click click click clickclickclickclickclickclickclickclickclick... Click.

12.

El Mundo Libre se había asociado con la muerte y la había convertido en la mejor fuente de ingresos de la Historia. Conservaba intactos sus misterios desde el principio de los Tiempos; lo único que había traspasado las fronteras del Gran Colapso de la mano del hombre. La ciencia había logrado devolver la vida a los muertos, pero no había descubierto lo que se ocultaba tras ella. Los *devueltos* no recordaban nunca la muerte, aunque se los entrevistaba a conciencia. Esto era así porque el proceso de resurrección no consistía en revivir a la persona que había fallecido, sino en *emular* la información física, mental, emocional y espiritual que la diferenciaba, y que podía extraerse en cualquier momento de su vida, incluso poco después del fallecimiento. La información obtenida se almacenaba en poderosos ordenadores y ocupaba un espacio enorme; uno por diez elevado a ciento cuarenta y ocho *bytes*. Con estos datos se gestaba un embrión que alcanzaba, en cuestión de días, la edad deseada por el cliente, con una precisión formidable. No se trataba, por tanto, de un burdo clon, que se limitaba a reproducir el código genético. Era la misma persona, una emulación exacta que no tenía conciencia de haber muerto, aunque hubiera decidido retomar su vida donde lo había dejado todo al fallecer.

Como no podían almacenarse digitalmente las experiencias de la muerte, las emulaciones acumulaban información hasta el instante difuso, imponderable, de la cesación de la vida. La civilización se encontraba en su cúspide y la incógnita seguía sin resolverse, inescrutable y fascinante. El Mundo Libre, que había alcanzado todas las metas imaginables, se entregaba con jovialidad a la exploración de la verdadera y última frontera.

A estas alturas, la muerte era lo único por lo que merecía la pena vivir.

13.

La televisión por la mañana era tan aburrida y Sadman se sentía tan cansado que se recostó en el sofá. Sintonizó el canal muerto, cerró los ojos y su consciencia se diluyó lentamente hasta desaparecer. Cuando los abrió de nuevo habían pasado seis horas. Subió el volumen del televisor. Tras zapear durante cuarenta minutos descubrió canales más allá de los mil quinientos que solía frecuentar. Haberlos ignorado podía incurrir en delito contra la Tercera Ley, por lo que se dispuso a profundizar en ellos. Pronto supo que eran canales de la Ciudad Vector, y en ese momento se hallaban en horario de *prime time*.

14.

Varias mujeres curvaban sinuosamente sus cuerpos al ritmo de armonías frenéticas embadurnadas de sangre y entrañas humanas en *Sangre, Vísceras y Coños* de la NTV. *Lothar Weapons Systems* anunciaba sus últimos avances en armamento doméstico de 12.7 milímetros. *Share It!* ofrecía su emisión a cualquier consumidor lo bastante original como para subir su cuota de audiencia. Tres meninas merodeaban la puerta de una pequeña tienda de alimentación armadas con palos de hockey. *Billy Stardust* comentaba orgulloso la tremenda mamada de la noche anterior antes de presentar, untando su pene de vaselina, a la actriz porno más joven del Mundo Libre como gran clausura de su semana monográfica. La Panóptica anunciaba un aumento oficial del superávit dentro del Círculo de Mundos Capitales en *Cash Flow*, donde la presentadora, Cash, se desvestía y acababa masturbándose con útiles de oficina conforme la audiencia iba creciendo. *Friedrich Albertini* abría una cadena de restaurantes en Ciudad Vector para *nouveaux riches*. Sus sesos saltaron por los aires. Sadman comprendió que había vuelto a sintonizar *Share It!* sin darse cuenta. En *Living the Life for Them* tres hombres se machacaban las piernas con tenazas sin soltar una queja mientras un contador engrosaba su saldo bancario. Los cinco miembros de *DeathWatch* se suicidaban en directo, convirtiéndose en leyenda aun antes de que su primer disco saliese a la venta. Una niña de tres años era sodomizada por *Billy Stardust*. Los ojos de una mujer crecían de forma desmesurada dentro del horno de su marido. Cinco niños corrían delante de un rodillo plagado de aristas hacia una piscina de burbujas negras. *Ultrasoldier* golpeaba con fuerza hidráulica a un rival abatido. Dos madres lavaban la sangre de sus hijos con *Lionel Cleaning*. El servicio de bomberos subastaba su ayuda a los vecinos de un edificio en llamas. Un coche deportivo pervertía la inocencia de una niña en la consagración. Los Reyes Magos regalaban teléfonos móviles al niño Jesús. Dios encargaba bocadillos recién hechos a San Gabriel.

15.

El Mundo Libre no era muy diferente de los anteriores. Deshacerse de Dios no lo cambió, después de todo, de forma significativa. Una sociedad necesita mitos, aunque no crea en ellos, para poblar el provechoso jardín de la estereotipia. La simplificación construyó fortalezas persistentes desde los orígenes del Universo Artificial gracias a la necesidad de dar una explicación a la existencia del hombre después, y más allá, del fin de la vida. Las complejidades del Proyecto Noelle-Newman escapaban de la comprensión del pueblo llano, incluso del pueblo llano de Hel, el único planeta superviviente del Gran Colapso, y germen de la nueva Humanidad. A pesar de su supremacía evolutiva, la dedicación de los helitas a labores administrativas no los capacitaba para asimilar las implicaciones de una vida después de la vida. Poco se sabía del Gran Colapso, como mandaba la Panóptica, porque el hombre sabe que la información puede ser perjudicial cuando no se conoce la globalidad de los factores en juego, y un conocimiento descontextualizado podía ser peligroso en un mundo donde las estrellas eran máquinas controladas por humanos, que funcionaban gracias a la solvencia de una compañía controlada por humanos. Saber lo que no debía saberse podía ser fatal para el propio equilibrio de las leyes artificiales de la Física. La Compañía decía que exigir al hombre que dejase de divertirse para reducir los riesgos era abusivo, por lo que dejaba al hombre el placer y ella se encargaba de afrontar el riesgo. Pero claro, luego no podía uno ir por ahí haciendo preguntas. Después de todo, si la Compañía cometía un error no se perderían puestos de trabajo, sino que cosas como la gravedad podían irse permanentemente de vacaciones.

Los mitos permitían comprender sin entrar en detalles, y la Sair-Sudni sabía cómo debía explicarle las cosas a los consumidores del Mundo para que las entendiesen. Las religiones decían que Dios creó el cosmos. Pero cuando el Universo se plegó sobre sí mismo, en directo para toda la Humanidad, la verdad quedó desnuda frente a sus ojos. El hombre había sobrevivido a la Creación y reía por su éxito. Reía ante los ojos de Dios, en directo, para toda la Humanidad. Era difícil identificarse con Dios y lo Eterno cuando murieron las visiones imperecederas, como el océano, el firmamento y el Sol.

El Año Uno de la Nueva Era Artificial se inauguró en Hel, el único planeta superviviente, quemando las sagradas escrituras y construyendo una estatua magnífica sobre la pira a la que llamaron el Monumento al Dios Muerto.

La Panóptica, al poco de su fundación, encontró que los mitos podían ser muy útiles como vehículo de mensajes, teniendo en cuenta los problemas que surgían ante los sectores de la población que no aceptaban los pormenores de la vida artificial. Los

pobres de espíritu no comprendían que sus dolencias respiratorias desaparecerían cuando se ajustasen debidamente los elementos químicos sintéticos de la atmósfera; que las estrellas que nacían en el cielo espontáneamente no eran cometas salvajes, sino generadores de hidrógeno que se alimentaban de fluctuación cuántica; que los nuevos planetas no eran descubrimientos científicos, sino productos manufacturados; que las oscilaciones gravitatorias de los primeros años no presagiaban el fin del mundo, sino un mantenimiento rutinario. El propio rumor, luego confirmado por los hechos, de que las Industrias Sair-Sudni tenían el poder de transmutar el tiempo en espacio, consternaba a algunas mentes demasiado frágiles para asumir el cambio. La Panóptica eliminó a los inadaptados, pero aprendió que el pueblo necesitaba explicaciones.

De esta manera, el Mundo Libre se apropió de los antiguos mitos y les dio continuidad en el tiempo. El Mundo Libre jugaba con arcángeles y serafines. El Mundo Libre adoraba la religión.

El Mundo Libre.

Deicida.

Teófago.

16.

Jesús languidecía crucificado con la corona de espinas. Pálido y agonizante, se hallaba en mitad de la oscuridad, iluminado desde lo alto. Se encendió un abanico de colores y una multitud aplaudió a Billy, revelado por el poder de los focos tras una lujosa mesa. Otra semana acababa de comenzar y Billy Stardust se preparaba para abrir el siguiente monográfico.

“¡Buenas noches por la noche! ¡Bienvenidos a nuestra nueva semana temática! Hoy comienzan siete días tan apasionantes que tirarán el mando por la ventana en unos minutos; cosa que mi cuenta bancaria les agradecerá profundamente”.

El público del plató se echó a reír, mientras Billy intentaba calmarlos con tímidos gestos de la mano.

“Estas siete noches vamos a centrarlas en los mitos del Mundo Libre. Los primeros seis días los dedicaremos a figuras estelares como Mahoma, Confucio y Buda. Para los más sesudos aclararemos que estas personalidades han sido emuladas por gentileza del Ministerio de la Resurrección, que los ha devuelto a la vida para que podamos entrevistarlos en directo. El séptimo día disfrutaremos con un concurso en el que Alá, Brahma y Jehová demostrarán cuál es el más omnisciente de los tres. Hoy empezaremos con un plato fuerte. Un invitado muy especial, venido desde lo más alto. ¡Un gran aplauso para Jesús de Nazaret!”.

Aplausos.

“Buenas noches por la noche, señor Nazaret. Lamento la incomodidad de su colocación, pero no podíamos resistirnos a la ironía”.

Risas.

Jesús habló con voz dificultosa; el peso de la cabeza aprisionaba sus cuerdas vocales.

“El tiempo oportuno ha llegado. Cuarenta días volveré a resistirte”.

“Resistirás lo que dure el *prime time*, colega”.

Risas.

“Todos sabemos que usted estuvo en la cresta de la ola durante algo más de dos mil años, gracias a la excelente gestión de su equipo de marketing. Repasemos a continuación su carrera. Veamos, nació en Judea en el año uno de *su propia Era*... — ¡vaya!—, su padre adoptivo se llamaba José y era carpintero, su madre era... veamos... María, y... bueno... ejem... después de dar a luz, siguió *virgen*”.

Risas.

“¿Podría explicarnos eso del *dogma de la virginidad*, por favor?”.

“Está escrito: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá

con su sombra, por eso el hijo que nazca será santo y llamado Hijo de Dios»”.

Murmullos.

“Bien, bien, mi amado público, parece que vamos a necesitar traducción. No se preocupen, todo está previsto. Sí, parece ser que usted se refiere a que todo fue un *milagro*, o sea, que su madre no se folló al carpintero para parirle a usted, ¿me equivoco?”.

Risas.

“Veo que no le ha gustado la broma. Hoy día, con esa actitud no va a convencer a nadie, ¿sabe? Parece ser que su mensaje, si es que soltó alguno, impactó al mundo de entonces. ¿No se imaginaba que esa *organización* que fundó estaba condenada al fracaso por culpa de su obstinada política anticientífica? Es natural que su explicación del mundo se fuese al garete tarde o temprano. Por no hablar de la represión, el inmovilismo y la censura”.

“El Hijo de Dios fundó un solo mensaje: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo»”.

Murmullos. Risas tremendas tras la aclaración.

“Silencio... silencio, por favor. Vaya, vaya, lamento ser el portador de malas noticias, J. C., porque usted es el único de por aquí que cree en esas memeces”.

El público era un jolgorio.

“Ahora bien, si usted fue tan bueno, si hizo tanto por sus vecinos, ¿por qué coño se lo cargaron? ¿No será que también tenía sus trapos sucios, que para ascender tuvo que despacharse a algún entrometido? Además, si es el Hijo de Dios, ¿por qué no les dio su merecido a esos romanos, por qué no quemó sus casas, violó a sus mujeres o algo así? ¿Es que el Hijo de Dios no podía evitar su propia muerte?”.

“Está escrito: «El Hijo del hombre tendrá que sufrir mucho, será reprobado por los ancianos, los pontífices y los escribas; lo matarán y al tercer día resucitará»”.

“Otra vez con el *está escrito* de los cojones. Ea, ea... Aquí dice que hizo milagros. Multiplicó los panes, resucitó a los muertos, curó a los enfermos... ¿Qué otras cosas puede hacer? ¿Podría matar a mi novia y agenciarme una decente?”.

Risotadas. Jesús balanceaba la cabeza, tembloroso; el cuello le chasqueaba. El público se calmó, esperando un giro repentino en el espectáculo.

“El quinto mandamiento de Dios es *no matarás*”.

Los espectadores estallaron en carcajadas comentando la insospechada locura de aquellas palabras.

“Vaya. Creo que hemos chocado de frente con el meollo. ¿Puede saberse qué quiere decir *eso*?”.

Jesús se agitaba en la cruz. Le habían remachado los clavos a las manos y le desgarraban la carne; de las heridas manaba abundante sangre.

“No matarás... no cometerás adulterio... no presentarás falsos... testimonios... no... codiciarás los...”.

Sufriendo fuertes espasmos, entre una orgía de carcajadas, vomitando sangre, Jesús se desprendió de la cruz y cayó al suelo. El público vitoreaba al moribundo, que trataba de pronunciar unas últimas palabras, pero no llegaron a brotar gracias a la presión del lustroso zapato de charol de Billy Stardust sobre su cuello.

“¡Señoras y señores, muchas gracias! ¡No se pierdan —*quieto tío*— la entrevista con Mahoma, vivito, coleando, y muy visible, para todos ustedes, mañana a las diez, como todos los días! ¡Hasta mañana, buenas noches por la noche!”.

17.

El Mundo Libre se sostenía sobre dos pilares de futuro crecimiento, la Envidia y la Avaricia. Principios esenciales que gobernaban la conducta de los hombres, eran reconocidos ahora en público como merecían. Como motores del cambio, ambas se complementaban en un eterno relanzamiento mutuo. La Envidia aseguraba una vigilancia, un despertar de la conciencia comparativa que exigía recompensa. La Envidia inducía a pensar que no era tan importante tener un coche muy rápido como que fuese *más rápido* que el del vecino. Para un hombre bien podrían circular los vehículos a diez kilómetros por hora mientras el suyo viajase a quince. La Envidia era la suprema señora de la involución, la caprichosa demandante de mediocridad que retribuía su exigencia con un gustillo dulzón en la boca del estómago y destacaba lo probado frente a lo inédito. Ella era la reina protectora, alimentada de Egoísmo; el empuje hacia atrás y hacia el interior.

La Avaricia era una máscara de carnaval que mostraban con orgullo, reflejaba la facultad de superación personal y señalaba a los escogidos para la reproducción de la especie; era sexualidad contenida en rotativas de prensa, caldos amargos para los desheredados por la virtud; dinámica de acumulación de riquezas, hito histórico de máximos posibles, prueba viva de un milagro humano. La Avaricia construía el Mundo Libre inventando nuevas fronteras, agigantando los límites conocidos hacia el infinito. Ella era el soberano agresor, alimentado de Egoatría; el empuje hacia delante y hacia fuera.

La Envidia y la Avaricia eran monumentos vivientes del Mundo Libre, ídolos de carne para estos hijos futuros. Sus letras se escribían con plumas doradas en las juntas directivas, ofreciendo el poder y la riqueza a los que las cultivaban con generosa dedicación.

18.

Ráfagas de luz catódica golpeaban a Sadman en el rostro sin desaliento. Le impactaban las imágenes como ventanas de paraísos perdidos que jamás alcanzaría, como canto de la Furias que entumecían los sentidos y agolpaban sinceras ilusiones contra el cristal vacío de gases nobles. Los protagonistas de la pequeña caja de Pandora hacían y dejaban que los hombres vieses hacer, cumpliendo los sueños publicados para el público anhelante de presenciar la demolición de un nuevo muro de impensable rebeldía, reificada con los himnos oficiales de la Panóptica. Cobraban los espectadores un salario por contemplar la televisión, suficiente para sobrevivir en un mundo donde los precios se ajustaban a las necesidades y a las aspiraciones de la conciencia, donde los mensajes ejercían el masaje que los consumidores solicitaban para sobrellevar el sufrimiento. La videopolítica afirmaba que no trabajar para ver la televisión era una opción recomendable, que exentaba del cumplimiento de la Primera Ley siempre que instalasen los audímetros y se comprometiesen por contrato a permanecer ante la pantalla tantas horas como la jornada laboral. Sólo en Hel catorce mil millones de consumidores mostraban con orgullo sus tarjetas de *televidente profesional*. Muchos niños timoratos soñaban con hacer carrera como televidentes profesionales cuando fuesen mayores, algo comprensible si se recuerda lo peligroso que podía ser salir de casa estos días.

19.

A la luz del televisor, Sadman dormía. Dormía un letargo solitario alejado de la visita del subconsciente, una inconsciencia plácida entregada al tierno abrazo del olvido. El descanso de Sadman era semejante a estar muerto, una paz tan grande que no quería desprenderse de ella, pero tan efímera, tan vacía al consumirse, que se escurría entre sus dedos como granos de arena, lenta e irremediabilmente.

Por eso, al ver un pasillo que aún no había olvidado, creyó haber regresado a él, por alguna razón que no podía entender. La sensación de viajar dentro de su propio cuerpo fue tan extraña que se sintió poseído por alguna fuerza exterior. Acaso el viento negro se manifestaba ahora con una nueva forma. Acaso, sencillamente, Sadman, por algún motivo, por primera vez, surcaba las ignotas aguas del sueño.

20.

Al fondo del pasillo había una puerta hacia la que el sueño lo transportaba. Golpeó la madera y esperó mientras preparaba aquella hoja impresa de papel blanco que algunos llamaban contrato. La puerta se abrió con una suerte de anacrónica cautela, y aquella mujer se asomó como un soplo de niebla. Sadman vio su propia mano entregándole aquella hoja impresa de papel blanco que algunos llamaban visado, y vio a la mujer recogerla como un pacto de cenizas. La puerta se abrió por sí misma mientras aquella mujer olvidaba que el mundo había existido alguna vez antes de aquel momento y antes de aquel hombre que aguardaba en su dintel. Sadman dio un paso adentro y fue sacando su pistola, tratando de no parecer maleducado, y dándole tiempo a su cliente para comprender las condiciones de aquella hoja impresa de papel blanco que algunos llamaban orden de homicidio. Aunque lo que le preocupaba era cuándo pensaría firmar el documento, Sadman no pudo ignorar que aquella mujer estaba llorando.

21.

Conforme transcurrieron los primeros años del Universo Artificial y la selección natural pasó del desván a la terraza, conforme los débiles acababan en la cara interior de Hel y los fuertes se adaptaban a los tiempos, la sociedad comenzó a mirar con malos ojos los signos de fragilidad. Era algo que venía aflorando desde que el hombre había cedido ante palabras mágicas como desarrollo, éxito y competitividad. Cuando defendía a los débiles la Humanidad se negaba a sí misma. El Mundo Libre jamás negaba la verdad. Y la verdad era que el hombre fuerte quiere su recompensa y no está dispuesto a que se la arrebatase aquél que no ha luchado por obtenerla. El Mundo Libre acabó con aquella hipocresía y supo dar a los fuertes las recompensas que merecían. Así, los débiles hubieron de ocultarse a los ojos del prójimo para evitar ser detectados. Los síntomas de flaqueza anunciaban negligencia, improductividad, pesimismo, y eran castigados como crímenes contra la Humanidad.

Llorar era el mayor síntoma imaginable de flaqueza.

Llorar no sólo era antihigiénico, sino que reflejaba una tremenda falta de estabilidad, imperdonable en un mundo en el que afrontar los achaques de la fortuna era el único camino posible hacia el futuro, donde los improductivos no eran más que un lastre macroeconómico, culpables del peor delito, la violación de la Primera Ley. Nadie podía respetar a quien desperdiciaba sus lágrimas frente a un familiar muerto por no poder soportar una pérdida que era tan provechosa para la sociedad. La Compañía dijo que si la muerte era nuestro negocio no tenía sentido temer su llegada; y quien no teme a la muerte no puede arredrarse ante cosa alguna. Llorar era un estorbo social que retrasaba el progreso, que dilataba la permanencia del problema y postergaba la llegada de la solución. Pero, sobre todas estas cosas, la abolición moral de las lágrimas será siempre recordada por las últimas palabras que el Fundador Viviente pronunció antes de su Retiro, y que tantas veces se han mencionado desde entonces:

“Cerrad vuestros ojos a las lágrimas, el cielo ya llora por nosotros”.

Ver las lágrimas vivas de aquella mujer fue tan chocante como incomprensible. Allí, apoyada en la mesa del recibidor, como si no pudiese sostenerse, abriendo paso a la indignidad en público, perdiendo lo único que el contrato le dejaba, a los ojos del mundo. La escena era tan insólita que Sadman se sintió confundido sin saber qué hacer.

Entonces la mujer se volvió enjugándose la cara de toda la porquería, miró a su ejecutor y cerró la puerta detrás de él.

22.

Sadman dormía. Pero algo perturbó su descanso y agitó su cuerpo dormido. Se recostó, se acomodó, y volvió a recostarse. Movía las pupilas bajo los párpados y comenzó a sudar. Sus labios se entreabrían en un espasmo pautado. En un susurro, como desvelan los niños palabras prohibidas, Sadman murmuraba

Duerme conmigo esta noche y mañana haz lo que debas.

ANTÍTESIS

23.

Sadman se lavaba las manos con lentitud, repitiendo los movimientos uno tras otro, porque su mente se encontraba entonces lejos de aquellas ocupaciones. Miraba la pared con ojos azules como el abismo, con las pupilas plegadas, ausentes de sueño. Miraba la mancha despintada que un antiguo espejo ovalado debió haber dejado hacía mucho tiempo y se preguntó cuántos años tendría aquel edificio de la Ciudad Tectónica, y se preguntó a cuánta profundidad llegarían sus cimientos. Porque en Hel, los edificios eran como los hombres, y cuanto más viejos eran, más profundamente se prolongaban sus raíces. Sadman recordó al hombre que dijo *no matarás* y se preguntó, por primera vez, qué significarían aquellas palabras, y salió del maloliente aseó y no cerró la llave del agua,

porque nada de eso tenía ya importancia.

24.

Sadman yacía sobre su desvencijado sofá, borracho de alcohol y cigarros, hipnotizado frente al televisor. Una sucesión de mujeres diseñadas al lápiz posaba en la pantalla con sonrisas de cal y neones, como promesas sexuales bajo letreros publicitarios, en constante vaivén. Sadman observaba las palmeras tropicales y las playas de almagato, cubiertas de senos perfectos sugiriéndose bajo tejidos imposibles, que lo invitaban al placer a cambio del saldo de su tarjeta de crédito. Sadman miraba los rótulos de agencias, de asesores de agencias, de compañías aseguradoras de asesores, de instituciones al cargo de las compañías aseguradoras, y los diminutos renglones de la letra pequeña corrían con desesperación bajo la pantalla buscando la salida del caos.

25.

Sadman restregaba sus ojos doloridos tumbado delante del televisor. Tragó las últimas gotas de su botella y encargó más alcohol y cigarrillos a través de su pantalla mientras veía un documental sobre las técnicas de plegamiento espacial de los cruceros estelares. Las brumas del sueño volvieron entonces a invadir su consciencia como mantos lluviosos sobre la corteza del mundo. Atenazaban su corazón los vuelos nocturnos llamándolo a caer en sus redes de humo, pero Sadman se negaba y se aferraba a la vigilia con una sorda desesperación. Por más que zozobraban sus pensamientos, Sadman se resistía.

Pero la angustia se revigorizó. Sadman sintió el rugido de este reclamo y se estremeció, porque no quería soñar, porque no deseaba sucumbir al vaivén del subconsciente, porque no estaba entrenado para afrontar nuevas decisiones allí donde la realidad se extingue y las formas adquieren relieves caprichosos. Rechazaba el abrazo de este recién llegado que acosaba su descanso de otros crepúsculos, cuando se arrojaba al abismo insondable donde nada habita, las simas profundas del vacío donde sólo los muertos osaban asomarse; su hogar.

Y después haz lo que debas.

Aquellas palabras se habían acomodado en su mente como un parásito del que no podía desprenderse. Resonaban en su memoria como un redoble de campanas, forzándolo a ejercitar un músculo ausente, agarrotado antes de su concepción.

Aquellas palabras encerraban un oscuro sentido; se le ofrecían como un baúl salvaguardado por un cerrojo invisible. *Haz lo que debas.* Sadman sabía que hizo lo que debía hacer. Había entendido que la mujer no deseaba presenciar su propia muerte, que deseaba morir dormida, que suplicó una noche para olvidar que no vería la mañana siguiente. Sadman respetó el deseo de la condenada, como cualquier asesino civilizado.

Hizo lo que debía hacer.

Sadman quiso olvidar aquellos pensamientos funestos y levantarse para guardar la hoja impresa de papel blanco que inspiraba sus disonantes recuerdos. Entonces sintió una punzada en el estómago y se llevó las manos al vientre. Miró sus dedos, ensangrentados, y abrió la camisa para comprobar que una antigua herida se había abierto.

La única herida que había recibido en toda su vida.

Se recostó sobre el sofá y presionó aquella salida de sangre que lentamente le iba arrebatando su vigor inmenso.

Y después haz lo que debas.

Aquellas palabras resonaban en su memoria como un redoble de campanas. Cada tañido golpeaba su vientre como si una cuchilla se le clavase en las entrañas.

Su insignificante herida sangraba apenas, pero el dolor aumentaba al compás de una angustia desconocida. Las horas pasaban como días, agolpados en su frente como yunques metálicos en un continuo restallar. No quería dormir, no quería estar despierto, y no había ningún sitio a donde pudiese escapar.

Memorias de una noche de la que no podía desprenderse. Recuerdos del futuro empaquetados al azar en la experiencia primaria, única, de un contrato que se dilató demasiado en cerrar. Sobre la mesilla había una hoja impresa de papel blanco que absorbía el líquido de los objetos y concentraba el foco de sus ojos.

Ministerio de Televisión.
Orden de Disolución de Contrato.
Violación de la Tercera Ley, artículo Quinto.

En el lado inferior de la hoja blanca había una firma, un nombre caligrafiado que conservaba la huella del horror. Del apellido sólo se entendía la inicial.

Eva Y.

Sadman tomó aire dos veces, profundamente, agarró la hoja blanca y la observó con atención. Pasados unos minutos, sintonizó su pantalla de televisión y enlazó con el Ministerio de la Memoria, por primera vez, para hallar respuestas, pero sobre todo, para dar salida a una angustia que buscaba superficie.

Código de Seguridad: AAB

Agente: Theodore W. Metellan

Contraseña: *****

Petición:

- Información: Eva Y*

Orden de Disolución de Contrato

Violación de la videopolítica

Sadman poseía el segundo código más alto de la Compañía, un privilegio que compartía con tres individuos, por lo que estaba convencido de que aquella petición al Ministerio de la Memoria sería respondida de forma eficaz e inmediata, como correspondía servir a aquellos que habían demostrado lealtad y abnegación extraordinarias en el cumplimiento del deber.

La respuesta de la Compañía fue, sin duda, eficaz e inmediata.

Petición denegada.

Espere Orden de Disolución de Contrato dentro de su domicilio.

Buenos días.

Miraba fijamente Sadman la pantalla mientras su existencia era borrada en silencio de la memoria del mundo. Había sido despedido, desechado de las estadísticas de la Compañía, como un funcionario entrometido que había husmeado en la agenda de su director. Despedido por realizar una pregunta inadecuada, por exigir una respuesta prohibida, prohibida para él, para todo el Mundo Libre. Porque las respuestas eran verdades, y muchas verdades de la Compañía eran verdades terribles, insondables, capaces de enloquecer a los cuerdos y devolver la cordura a los locos. Grande era el silencio sobre la verdad. Porque sin censura se detectaba a los impertinentes, sin impertinentes no había respuestas y sin respuestas no había mentiras. Dónde se enterraba a los muertos. Por qué un viaje al espacio costaba más que una fragata estelar. Quién era el Fundador Viviente. Por qué inició su Retiro. Qué había en la cara interior de Hel. Cómo se producía la comida. Estas preguntas habían costado la vida a los que las formularon. Murieron porque la Compañía sabía que no asumirían la respuesta, y así había sido siempre.

Porque la Compañía no mentía jamás.

26.

Los antiguos gobiernos abusaron de torpes mecanismos de control social como la mentira, la prohibición y la represión. Pero los días de esclavitud acabaron con la Compañía. La Panóptica no mentía, poseía sólo tres leyes y fomentaba el debate sobre todas las cuestiones conocidas por el pueblo. Fomentar el debate causaba un efecto extraordinariamente satisfactorio, ya que difuminaba la necesidad de hallar solución al conflicto: debatirlo era suficiente para que los consumidores diesen por zanjado el asunto. La Compañía lograba esto abriendo la mayor cantidad de frentes posibles, dando la palabra a todo el que quisiese opinar, y al cabo, nadie sabía a qué atenerse. La conclusión, si existía, solía ser que el mundo es el mundo y las cosas son como son. La libertad de expresión y la tolerancia eran el mejor invento desde los rifles gauss para mantener callada a la gente.

Pero si existía un mecanismo efectivo contra la sublevación, ése era la risa. Los programas nocturnos donde se despotricaba sobre todo (incluyendo, por supuesto, al propio Fundador) funcionaban en la audiencia como un narcótico. Sentían que se habían divertido tanto a costa del sistema que a la mañana siguiente se levantaban frescos y animosos de ir a trabajar. Las populares series de dibujos para adultos ironizaban sobre el modo de vida de la Compañía, planteando la dura realidad con un tono de comedia, para luego terminar el episodio dejando cada cosa en el lugar que le correspondía.

La risa era la mejor forma de saciar la sed de justicia del pueblo porque denunciaba el problema sin abordarlo, atacando a los culpables por su forma de hablar, de vestir y de comportarse. Las carcajadas dejaban a los espectadores empachados. La risa sanaba todas las heridas que el hombre pronto tiende a olvidar.

27.

La Compañía había eliminado toda la información pública relacionada con Sadman.

Le quedaba por resolver, en cambio, lo más difícil: debía eliminarlo a él.

La Compañía sabía que Sadman padecía un incivilizado rechazo a la idea de dejarse matar, y también que las balas sufrían un incivilizado rechazo a la idea de arrojarse. La Panóptica no enviaría al patíbulo a un Asesino Público cualquiera, ni siquiera a uno famoso como *Vanity* o *Super Spartan*; porque lanzar contra él a los veinte asesinos más aclamados del mundo sólo serviría para destrozar las ilusiones de millones de telespectadores, aunque sus autopsias diesen más beneficios de los que imaginarse pudiera. La Compañía necesitaba medidas a la altura de las circunstancias, una cura definitiva contra la peor enfermedad: un antídoto.

Sadman era el vértice evolutivo del Mundo Libre. La culminación de una selección natural que había durado eones, el orgulloso estandarte de la raza que había mitificado la supervivencia del más fuerte y había predicado con el ejemplo.

Aquel vértice tenía cuatro lados.

Tres eran los jueces del Mundo, sometidos por una sola voluntad. Los jueces eran los responsables del genocidio de todas las especies vivas del Universo Natural, enviados por el Fundador Viviente para ejecutar la deliberada y sistemática destrucción de toda vida. El Mundo Libre los llamaba con terror y fascinación *Nihilim*.

Y sabiendo esto a Sadman sólo le quedaba esperar el momento de su muerte.

Porque los Nihilim eran tres ángeles inmortales creados a imagen y semejanza del Fundador al principio de los tiempos, más antiguos que la Compañía, invulnerables a la duda y al dolor, desprendidos de la necesidad de sentir. Ni la precipitación, ni el pánico, ni un defecto en sus armas les haría errar sus disparos. Eran tan infalibles como él.

Disparaban sin cerrar los párpados, como él.

Ellos eran tres.

28.

Sadman sufría su cansancio con una crudeza desconocida. Cansancio de la supervivencia, cansancio del cigarrillo que iba deslizándose entre sus dedos para unirse a las colillas del suelo, cansancio de los haces discontinuos que lo bombardeaban desde el televisor, cansancio de las promesas edulcoradas de los anuncios publicitarios, del bullicioso tinte multicolor de los concursos, cansancio del hedor de sus ropas, de su aliento destilado. Cansancio de esperar a la muerte dentro de las cuatro paredes que lentamente iban comprimiéndose, cansancio de someterse a la irresistible fuerza que le inyectaba de sangre los ojos cuando escuchaba pasos frente a su puerta, cansancio de la adrenalina que recorría sus nervios y de la ansiedad que luego tardaba tanto en desvanecerse. Sadman estaba cansado de luchar, estaba cansado de enfrentarse a sí mismo y al motor que lo impulsaba a soportar su indescriptible tristeza.

El cigarrillo se escurrió entre sus dedos y cayó de la mano flácida enturbiando los sordos fognazos del televisor.

Los focos iluminan a los espectros en el callejón y una vez más comienza la danza macabra de Matadero Cinco. Las cámaras miman con dulzura sus sombras alargadas y los oscuros ropajes de suave tejido blindado mientras los tres espectros recorren pausadamente los adoquines. El control de realización conecta con el apartamento. La víctima permanece recostada en el sofá con indolencia. Un fundido encadenado devuelve la emisión a la entrada de los hombres enlutados en el edificio. Mientras esperan al ascensor, uno de ellos enciende un cigarrillo *Monroe Harper* y una de las tres cámaras le hace un rápido primer plano mientras el control introduce el eslogan comercial de la marca de tabacos. Llega el ascensor y los asesinos entran en él mientras la cámara dos ejecuta un *travelling* panorámico. La música ingresa con suavidad para subrayar la secuencia, una débil percusión que crece lentamente. Aprovechando el trayecto del elevador, el control enlaza con publicidad. Regresa con un rápido resumen para los recién llegados. Un contrapicado aberrante encuadra los pasos de los tres asesinos a lo largo del pasillo. El control de realización descarta otra conexión al interior del apartamento para elevar la tensión del inminente punto de giro. El realizador ordena detener a los Nihilim en la puerta para enlazar con el nuevo y costosísimo anuncio de *Tristadown*. Se oyen los golpes sobre la madera. Después de unos segundos de silencio las bisagras crepitan. El contraluz fomenta la imagen fantasmal de los asesinos mientras caminan dentro del salón. Se decide apagar los focos del pasillo y dejar la estancia iluminada por el televisor. La audiencia aumenta en tres milésimas y el realizador recibe una paga extra del tres por ciento de su sueldo diario. Uno de los Nihilim se acerca al baño atraído por un rumor y los otros dos se dirigen al respaldo del sofá. El agua del lavabo se desborda encharcando el suelo y en el sofá hay una forma inerte que se extiende a lo largo. El televisor proyecta una imagen blanca, brillante, que destruye un instante la oscuridad. Desde el baño puede verse que en el sofá no hay nadie. El Nihilim desenfunda. Sus hermanos se vuelven hacia la nada. Las cámaras se desbocan tratando de encuadrar lo invisible.

Como todas las fuerzas que son irresistibles, nada puede enfrentarse al viento negro y no sucumbir a su furia. Ni siquiera Sadman.

Sadman sale de las sombras como un huérfano acorralado. No analiza los movimientos de sus enemigos, como debe hacerse. No apunta, como debe hacerse. No busca cobertura, como debe hacerse. Nada de eso le serviría para evitar que los

Nihilim acierten contra su cuerpo de carne, porque ellos son tan fríos como él, tan metódicos como él, tan infalibles como él. Por eso, para sobrevivir, el viento negro manda que Sadman deje de ser frío, metódico e infalible, y se convierta en un joven muchacho asustado, inexperto e impredecible, armado con una pistola cargada de balas condenadas a surcar el espacio allá donde el Destino disponga. Porque mientras los Nihilim buscan cobertura con rapidez y precisión, mientras apuntan al corazón, Sadman dispara.

Dispara con ojos azules como el abismo, con pupilas plegadas, ausentes de sueño, como la encarnación del mismísimo Demonio.

El azar sólo necesitó unos instantes para matar a los dos Nihilim que se hallaban junto a Sadman. Fue suficiente para que el tercero apuntase a su pecho y apretase el gatillo.

Entonces el Tiempo se detuvo.

El proyectil trazaba una línea recta matemática hacia el corazón de Sadman.

Entonces ocurrió.

Si se pudiese destruir al mal, éste sería destruido. Si se pudiesen contrariar las leyes del Destino, éstas serían contrariadas. Si toda la ciencia y la habilidad de un hombre fuesen capaces de lograr tales proezas, éstas serían la ciencia y la habilidad de un Nihilim. La bala emprendió su sendero de muerte y avanzó en línea recta hacia su blanco conforme dictan las leyes de los hombres. Pero cuando el Destino no tuvo otra opción, cuando los metros que quedaban entre el proyectil y Sadman se consumieron sin que ninguna propiedad humana lo detuviese, se obró el prodigio y el viento negro sopló.

Entre los fenómenos inexplicables que el hombre había presenciado, sólo la desviación de la bala que debía haber matado a Sadman no pudo nunca ser reproducida, a pesar de los tremendos esfuerzos que se invirtieron para imitar las condiciones del suceso.

Sadman miraba su televisor y aferraba su arma. Contemplaba las imágenes de vísceras y evangelización y la sangre de cinco hombres se extendía entre sus pies. Escuchaba los aullidos de dolor de una adolescente violada y se exprimía las sienes con los dedos extendidos, luchando contra la ira del viento negro que retumbaba en su mente. Los aullidos de la adolescente reclamaban un saldo de sangre, una puesta de equilibrio. El viento negro no comprendía que no se podía disparar contra la Compañía, Sadman era incapaz de razonar con el abismo. La enfermedad exigía un sacrificio que saciase su hambre ritual. Sadman debía calmar la tormenta antes de enloquecer, encontrar una respuesta al llamamiento. El viento negro se sentía amenazado y no había ninguna amenaza que Sadman pudiese destruir.

Los gritos de la demencia invadían su cráneo y rebotaban en su interior como brasas incandescentes. Eran los gritos de una adolescente.

Sadman aferró con fuerza su arma y disparó a su televisor para huir de los lamentos enloquecedores de la muchacha mientras los pensamientos se apilaban en sus sienes. Pero los lamentos continuaron, débilmente, más allá de los muros de su apartamento.

31.

Sadman abrió la puerta del apartamento contiguo y disparó a la cabeza de la muchacha. El cuerpo sin vida de la niña cedió entre los brazos cubiertos de arañazos de su violador, mientras el otro dejaba caer su cámara doméstica con un respingo.

“Ahora podéis seguir haciendo lo que queráis”, dijo Sadman, y se volvió para marcharse.

El violador comenzó a bramar presa de la histeria. El videoaficionado miraba la cabeza hendida de la niña tratando de recuperar el aire que había abandonado sus pulmones sin avisar. Sadman dio dos pasos hacia la puerta. Media docena de proyectiles impactaron en la pared, dibujando su silueta. Se giró lentamente y vio el subfusil que el violador pasmado apuntaba humeante contra él.

Sadman disparó metódicamente a los dos individuos, primero a uno y después al otro, y tomó el pasillo hacia el ascensor, dejando atrás todo lo demás.

32.

Hel, la ciudad que era todas las ciudades, recorría sus rótulos de neón, su impasible anarquía y su secularidad mitológica bajo el negro amanecer. Era la ciudad de formas dementes, poseída por entero del espíritu de los suburbios de la antigüedad, alcoba sangrienta del exilio, que enseñó al hombre a domeñar al Miedo y al Hastío. Pero ella se cobró su deuda porque ella era espacio, arquitectura, de ella no podía escaparse. La ciudad los adoctrinó, les reveló su disciplina, sus Nueve Actos.

Al cabo, porque los hombres todo lo aceptan, aprendieron a vivir dentro de sus salones.

El edificio de Sadman se encontraba junto al terminador, la frontera entre la vida y la muerte, la cara blanca y la negra, inundada por las sombras.

En el vestíbulo de las terrazas de Hel, bajo el crepúsculo ígneo, un silencio inmovible festejaba su gobierno sobre las estancias solitarias de la locura. Piranesia, donde el Ministerio de Sanidad encerraba a los que no debían morir ni ser escuchados. En un lugar donde el tiempo había arrojado su desdicha, los reclusos podían sentir el discurrir de la sangre a través de sus entumecidas arterias. Condenados a la vida eterna, soñaban con el pasado posible y recordaban el futuro que otros profetizaron. Porque los visionarios habían pecado contra el cambio, los ecos del presente chocaban contra los muros terribles de la cordura, madre cobijosa de los hijos de la razón antigua, que ahora se postraban entre los excrementos propios y ajenos, hasta el fin del tiempo.

Las ráfagas de aire caliente le trajeron blasfemias quejumbrosas, chisporroteando entre las gotas de lluvia.

Cambios sin torna, ¡que retornan!

*La potencial gravitatoria no para de aumentar. Crece, crece,
crece sin parar...*

¡Farsantes! ¡Yo soy Argus Doorman!

*Una fuerza irresistible choca contra un cuerpo inamovible, ¡y
vence la Entropía!*

¡Oh, Chandrasekhar, por qué me has abandonado!

*Te lo dije, te lo dije. ¡Las estrellas ya no respiran! Mirad, mirad,
ahí va otra...*

No, no, no, no... ¡No quiero comer más carne animada!

Sadman caminó por los mismos cimientos del mundo, donde la Compañía no prestaba especial atención. Encontró dos edificios gemelos, de siniestros soportales y frontones en altorrelieve, uno una Maternidad y otro un Tanatorio, y entró por uno y salió por otro, y continuó su camino por donde las arañas metálicas tejían sus redes que reparaban el subsuelo y los tanques automáticos patrullaban los desechos para recordar a los submundanos que vivían en un mundo gobernado por la Panóptica.

Caminando entre muros caídos y edificios colapsados por el peso de las ciudades altas, Sadman encontró un bebé entumecido sobre un charco de sangre y placenta. A pesar del trato recibido por su madre, el recién nacido vivía. Sadman se arrodilló junto a él y el bebé abrió sus párpados amoratados y sollozó con debilidad, realizando sus últimos esfuerzos por aferrarse a la vida. Sadman tomó al niño entre sus manos y vio sus ojos. Y vio que miraba con la mirada inocente del que aún nada sabe, la mirada pura del que ignora lo que le exigirá el mundo para aceptarlo entre los suyos. Y lo lanzó al vacío de los desagües que filtraban el agua negra que caía desde lo alto. Y se marchó, lentamente, en silencio, entre el murmullo de las aguas putrefactas, ignorando que había liberado a ese niño de crecer en un lugar que había abandonado toda esperanza.

En la segunda terraza de Hel se extendían los Páramos, cubil de insurgentes que picoteaban al sistema y limpiaban sus asperezas, miel de cámaras de televisión directa y catapulta de Asesinos Públicos; un conglomerado de edificios semiderruidos que se hacinaban volcados unos sobre otros filtrando las aguas residuales de la Ciudad Alta, batidos por los torbellinos ensordecedores del terminador. Un lugar donde se amontonaban francotiradores de pelo sensible y psicópatas con pose que combatían con armas arcaicas de alta tecnología contra los señores de la guerra de la Panóptica por los índices de audiencia y las cuotas de pantalla. Los Páramos eran el lugar idóneo para ganar fortunas que se esfumaban con una estocada y se recuperaban pronto si se conservaba la vida. Amaban los asesinos este lugar, tanto públicos como en serie, pues aquí llevaban vidas paralelas donde podían destruir ciudades y arrasas poblaciones enteras y ser aclamados por ello. Mientras respetasen los repetidores, los equipos de grabación y el personal de la John Black, la Compañía garantizaba a ambos frentes de la contienda veda libre para actuar como mejor les pareciese.

Dos jóvenes ataviados con indumentaria deportiva, dos famosos Asesinos Públicos conocidos como los *Golfistas*, se entretenían torturando a una familia de submundanos delante de las desidiosas cámaras de la John Black. Cuando acabaron con sus víctimas quisieron jugar con Sadman. Dijeron que la gente quería ver el sufrimiento de los inocentes, porque se sentían atraídos por lo abyecto, se identificaban con el torturador y despreciaban la debilidad del torturado.

Era el razonamiento de que sólo sufre el que se deja.

Sadman no estaba de acuerdo en eso. Les demostró que los fuertes sufrían igual que los débiles, que no existía tal cosa como un torturado voluntario y que el público se tragaba todo lo que le echaban,

fuese lo que fuese.

El arte de matar se circunscribía a numerosas corrientes estéticas. Las universidades estudiaban las corrientes de la Prehistoria dentro del grupo del *deteriorismo*, esto es, homicidios por desviación de los patrones de comportamiento social, asociados al deterioro de las facultades mentales. Aunque la crítica despreciaba el estudio de estos homicidios casi involuntarios que carecían, por tanto, de la lucidez necesaria para una verdadera consciencia estética, algunos de los prehomicidas eran venerados como clásicos, pioneros de un arte que sólo visionarios como ellos pudieron clarividentes. El Mundo Libre consideraba a los asesinos como artistas pues, de hecho, el único arte verdadero que sobrevivió a la Prehistoria fue el de la muerte. El resto de los artistas eran vilipendiados porque, tarde o temprano, repetían una y otra vez los antiguos estilos, cuando no obras concretas. No era un problema de plagio, era un problema de agotamiento. Después de eones incontables (los filósofos estimaban la vida del Universo Artificial en 22 elevado a 33 elevado a 110 años), el arte se había quedado seco: las grandes cuestiones, extenuadas; las nuevas no eran más que imágenes de las del pasado. La muerte en cambio seguía poseyendo su antiguo misterio, seguía ejerciendo la misma fascinación. No importaba cuántas veces muriese un ser humano frente a una cámara, la necesidad del público de explorar el enigma era insaciable. Para la John Black no era un filón, era la mismísima piedra filosofal.

Entre las corrientes homicidas destacaban algunas. El *demianismo* defendía que los asesinos eran favoritos de la evolución, eran la nobleza y la fuerza de la especie, y mataban a los débiles y a los cobardes porque ése era su derecho y su obligación. Se llamaban a sí mismos los *cainitas*, y se tatuaban el cuerpo para ser reconocidos como los elegidos. El *ultradeterminismo*, encabezado por Doomsday, apuntaba que los asesinos no eran los que mataban, eran las víctimas las que morían. Era una corriente extendida, ya que defendía la improvisación como forma de ejecutar un arte despojado de frivolidad, algo que atraía a muchos asesinos de poco talento; los ultradeterministas eran conocidos por atacarse entre sí. Una de las corrientes más prestigiosas era la del *sadmanismo*, fundada involuntariamente por el mejor asesino de la Historia y seguida por sólo unos cuantos fanáticos. No era una forma de matar, carecía de manifiesto y demandaba un entrenamiento durísimo. Por medio de técnicas psicológicas se debía inducir a la víctima a pensar que su muerte era del todo irremediable. Esta angustia modelaba un rictus único que quedaba grabado después de la muerte. Muchos asesinos que trataron de hacer carrera en esta vanguardia murieron. Sadman declaró que no estaba vinculado a esta corriente y rechazó asistir a todas sus celebraciones.

En el arte de matar el asesino era el artista, la víctima su obra y sus armas las herramientas de su genio. El Mundo Libre analizaba su estilo, su personalidad, su biografía, sus tendencias. Las obras de arte que sobresalían según el juicio del gusto eran expuestas en los museos y se subastaban para los coleccionistas. En las galerías se ofrecían al público las obras maestras de los mayores asesinos de la Historia, como el *Lento Amanecer* de Tod Mort, la impresionante *Dulce Sonrisa de Marie* de Rabid Hatchet, o *Los Mil Doscientos Días* de Laurence Smith. Sadman tenía dedicado un museo en mitad de la avenida Flegetón, el museo *Nemrod*, de más de cien mil metros cuadrados, que recibía millones de visitantes al año y donde se exponían obras de valor incalculable. El museo era propiedad de la Panóptica, ya que Sadman se desentendía tanto de sus obras como de sus derechos de autor. Aunque su prepotencia repugnaba a muchos, quién podría negar que *La Mirada* era la más grandiosa obra maestra de todas las artes cultivadas por el ser humano, que aglutinó sin pretenderlo una corriente estética propia y que conmocionó a la crítica hasta el punto de afirmar:

“El Ministerio de la Palabra está contra las cuerdas: hoy debemos redefinir el significado del *horror*”.

37.

Sadman traspasó los controles de seguridad que impedían el acceso al Tercer Acto del planeta Hel, ignorando las advertencias y los disparos de sus vigilantes. Caminó por el fango industrial de Bahía Botánica, rodeado por el bramido de las máquinas excavadoras, que apilaban montones de desechos transpirando vapores nauseabundos. Una hilera interminable de fábricas procesaba los residuos para convertirlos en comida, escupiendo columnas de ceniza que se acumulaba en el asfalto como nieve gris. Sadman arrastraba los pies con dificultad entre un lodo que lo cubría hasta las rodillas.

Pero entre las partículas que caían sobre su cuerpo descubrió cabellos, piel y gritos de espanto, pues no todos los que eran procesados llegaban muertos.

En el Cuarto Acto encontró Sadman las tierras desoladas de Gul Gothay. La lluvia perpetua, que se vertía desde las ciudades boreales, socavó antaño sus cimientos y derrumbó sus pilares. La Compañía halló culpables, resolvió condenarlos y declaró la zona en cuarentena permanente. Los supervivientes del hundimiento, en cambio, necesitaban los productos de las Industrias Sair-Sudni para subsistir, y muchas corporaciones iniciaron fructíferas relaciones comerciales con Gul Gothay gracias al bajo coste de la mano de obra; la mayoría de las fábricas textiles y automovilísticas de Hel se trasladaron allí. Las empresas invertían enormes sumas en fondos públicos y la Panóptica se desentendía de sus actividades.

Sadman se detuvo frente al viejo edificio donde murió el descanso de su letargo nocturno para albergar las más tenebrosas pesadillas, nacidas de la voz de una mujer. El lugar donde Eva yacía postrada desde su encuentro, donde llegó para matar y de donde se marchó con las manos vacías.

Más allá de las ruinas de Gul Gothay se hallaba una costa negra como el petróleo que bajaba hacia el horizonte, un océano de ponzoña que endurecía la llegada de los submundanos a las playas de la Ciudad Alta. Muchos eran los que se adentraban en aquella ciénaga desproporcionada donde flotaban los residuos de todas las industrias de Hel, que vertían sus desperdicios en las insondables simas que todo lo amparaban.

Frente a Sadman se erguía orgulloso el Muro de Hierro que separaba las ciudades imbricadas del norte de los despojos ruinosos del sur. Miles de kilómetros de alambradas acompañaban a la muralla de costado a costado, rodeando el planeta. Graníticas torres de vigilancia custodiaban las tenebrosas playas horadando la oscuridad con sus focos, en busca de víctimas para sus hambrientos cañones automáticos. La superficie de hierro estaba embadurnada con el color de los graffiti que unos cuantos locos firmaban arriesgando sus vidas tras las estacas minadas. Los custodios los llamaban R+D porque servían de distensión durante sus prácticas de tiro. Los arrabales del Muro de Hierro estaban cubiertos por montes de hueso y cráneos humanos que alcanzaban una altura de varios pisos.

Había un concurso que ofrecía un viaje espacial al que fuese capaz de contar el número de calaveras intactas que había a lo largo del Muro. Alguien sumó trescientos treinta y tres millones. Murió con ochenta años. No pudo tocar las estrellas.

La primera terraza de la Ciudad Alta era un fabuloso laberinto simétrico. Zareba, la Ciudad Seriada, daba cobijo a la masa trabajadora de la Compañía, silenciosa feligresa de apetito voraz y adhesión eterna, mediocre verdugo de medianía y magnánimo encumbrador de mitos efímeros por el poder del mando a distancia. Los consumidores del Sexto Acto componían la gran muchedumbre de Hel, y se agolpaban en viviendas de idéntica manufactura que la Compañía entregaba gustosa a todos los trabajadores con más de diez años de servicio. Estas viviendas seriadas marcaban un modo de vida videocéntrico, en el que todos los espacios y las actividades del hogar giraban alrededor de un único y gigantesco receptor de televisión con ocho pantallas, visible desde cualquier ángulo. El sistema panóptico de arquitectura aseguraba un acceso rápido y eficaz al centro de ocio monitorizado desde todos los puntos del domicilio. Los hedonistas de Onírica creían que limitar a un solo televisor toda una vivienda era una aberración y una merma de la libertad individual. Pero, como los propios hedonistas decían, los perros de Zareba no eran individuos. Se referían al hecho de que todos parecían iguales y sus tendencias como masa eran predecibles, pues todo el mundo gozaba de libertad de consumo y de expresión. Su acceso a las redes de información, por ejemplo, era el mismo que el de cualquier ejecutivo. Lo curioso era que todos solían comprar, opinar y crear información muy parecida, y estas tendencias eran muy parecidas, a su vez, a las que frecuentaban los canales de televisión de Zareba. Nadie les negaba la libertad de hacer lo que les apeteciese, y nadie tenía la culpa de que no se les ocurriese otra cosa que hacer con su libertad. Estaban satisfechos. Tener ideas requería tiempo, y los consumidores lo ocupaban comprando y utilizando todos aquellos maravillosos productos de la Compañía que sólo atraían su interés de manera fugaz, porque el consumo era una afición en sí misma, y no había que justificarlo apegándose demasiado a lo que se compraba. En Zareba existían los mayores centros comerciales del Mundo Libre, y ofrecían todo lo que un hombre podía soñar. La Compañía era la tienda de los deseos, y si el público deseaba algo carecía de sentido no producirlo o prohibir su venta. Todo estaba a la venta, por su justo precio. Claro que siempre era preferible comprar un modelo un poco más caro a correr el riesgo de que el vecino hubiese comprado uno mejor. Nadie escatimaba esfuerzos para obtener el objeto de sus sueños pues, como rezaba un famoso lema publicitario

La felicidad está en las cajas amarillas.

Arriba, navegada por luciérnagas de metal, relucía Ciudad Vector, capital de las gráficas y la economía, nación de mercaderes que gobernaban el mundo desde sus despachos apagados por el hollín de la avaricia. Esta terraza era famosa por ser el centro del circuito de turborreactores, que transmitía sus carreras a todos los lugares del mundo. Los bólidos propulsados por masivos motores de aniquilación de materia-antimateria recorrían un estadio oval a mil doscientos kilómetros por hora. Los *coribantes* eran hombres digitales diseñados en incubadoras de plástico, con sistemas nerviosos robustos como cables industriales y ojos facetados de un hermoso azul, que pilotaban sus cohetes sumergidos en drogas psicotrópicas, poseídos por los reflejos inhumanos de la nanotecnología. El día que Sadman acudió al estadio competían algunos de los mejores pilotos en las Trescientas Vueltas de *Megalesios*.

La multitud rugía embravecida, golpeando los coloridos tambores y agitando las banderas de cada carrocería. Doscientas mil voces gritaban sus himnos comerciales, como náufragos de una tormenta cacofónica, lejos del espacio y del tiempo.

Pero aquel día había un individuo entre la muchedumbre, un público entre la multitud, que se alzaba sobre los cimientos pedregosos de la tribuna de prensa mientras comenzaba la vuelta quincuagésimo segunda, cuando los depósitos de combustible aún estaban repletos. Sadman llevaba un mensaje de Tiempo que se había escurrido entre aquellos que le negaban, que habían decidido honrar a dioses más jóvenes.

Sadman encendió un cigarrillo y exhaló lentamente los lazos de humo. Entonces el viento negro batió sus alas de mariposa y la vida del piloto que marchaba en cabeza se extinguió. El monoplaza rozó el asfalto y se transformó súbitamente en una nube de metal fundido que se expandía a una velocidad espantosa. Una horquilla de frenos atravesó la carlinga del tercer piloto y alcanzó uno de los alerones del octavo; el aparato voló por los aires y se estrelló contra el habitáculo del decimoprimer turborreactor, que chocó al desviarse con el vigésimo noveno vehículo. Ambos estallaron como bombas de gas propano y rodaron por la pista mientras sus chasis se desbarataban como juguetes de porcelana.

Treinta pilotos fueron descalificados por óbito. El reloj del estadio marcó las seis de la tarde y la multitud recuperó angustiada su penosa individualidad abucheando a los corredores muertos.

Ganó la carrera Paul Nero, número uno del circuito de turborreactores, por octava vez consecutiva, lo que constituía una proeza histórica para este deporte, en el que la mayoría de pilotos no sobrevivía más de cuatro carreras, generalmente por colapso

cerebral.

Un francotirador le voló la cabeza horas más tarde en directo, y pudo pagar la exorbitante EPV de Nero gracias a las entrevistas en las que detallaba cómo mató al mejor piloto de carreras en millones de años de historia de la Humanidad.

42.

Sadman penetró en la penumbra de un café llamado *Nekuia*, alejado de las bulliciosas avenidas principales. Se sentó en la barra y señaló con un dedo la botella que quería. El camarero comprendió y le dejó un vasito junto a ella antes de alejarse todo lo que el mostrador le permitía. Había un televisor, como era lógico. La cuestión era que estaba apagado. Sadman se quedó mirando la superficie oscura, espejada, de aquel artefacto.

Giró muy despacio la cabeza a un lado, luego al otro. Había grupos discutiendo animadamente en los reservados. Sobre las mesas del salón algunos se dedicaban a los juegos de azar.

Había una suerte de camaradería en aquella gente.

Sadman le hizo señales al camarero para que se acercarse. El camarero se llevó la mano al pecho y entornó los labios buscando con la mirada un sustituto. Sadman asintió. El camarero se acercó, casi con las manos en alto.

“Eso de ahí”, dijo Sadman apuntando al televisor, “¿no está prohibido?”.

El camarero sonrió. Sadman le miraba con una inocencia que desvaneció su miedo.

“Eh, chicos, el caballero dice que si no deberíamos tener encendido el *lavacocos*”.

Los congregados rieron dándose manotazos en la espalda. Sadman se volvió y todos recordaron alguna cosa que les quitó las ganas de reír. Sadman daba vueltas a aquella palabra.

Lavacocos.

“No serás un *telepoli*, ¿eh amigo?”, dijo una mujer con los brazos en jarras. Sadman podría haberse sentido amenazado por su tono agresivo, pero no fue así. Quizá el viento negro estaba demasiado confuso como para hacer acto de presencia.

Telepoli.

“No hay cuidado, eso es imposible”, respondió un hombre que acababa de salir de un reservado. “Ningún *cíclope* se adentra tanto en los Distritos Apóstatas. Estoy seguro de que *éste* no es uno de ellos”.

Cíclope.

Aquel hombre se acercaba a Sadman a grandes zancadas, firmes, majestuosas. “Al menos, *ahora* ya no es uno de ellos”, dijo por último, sentándose junto a Sadman, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Bluespace.

“Remarcable”.

Aquel hombre que se conducía como un príncipe entre pares no dejaba de mirar a Sadman con franca admiración.

“El mejor asesino de la Tiranía, aquí, entre *nosotros*”, se decía a sí mismo. “Curiosa ironía del destino”.

Sadman había pasado su vida disparando contra aquellos hombres como quien barre el polvo, sin pensárselo un momento. Ahora estaba sentado a su lado y no percibía ni un atisbo de animadversión por su parte. Naturalmente, Sadman nunca la sintió hacia ellos.

“He matado a *muchos* de los vuestros”, dijo Sadman imitando su forma de hablar.

Como no se hacía preguntas, no se extrañó de que los negacionistas no hubieran reconocido su rostro al instante. No podía saber que los terroristas tenían prohibido ver los canales de televisión de la Panóptica, para no alimentar un odio singular por ningún Asesino Público. Quizá por eso nunca se les ocurrió utilizar contra él nada más potente que las armas automáticas.

“Ahora podrías matar a un montón de los *suyos*”, respondió aquel hombre de verbo ágil como una navaja, como si el que lo imitase fuera él. “Ésta es la forma en la que ocurre: ellos despiden a un *fratricida* y nosotros lo convertimos en un *revolucionario*”.

Sadman observó que aquella gente llamaba a las cosas con palabras diferentes. Comprendió que las palabras tenían mucha importancia en aquel conflicto que se estaba librando.

El hombre sonrió ampliamente mientras Sadman tomaba un largo trago. Sus dientes perfectos brillaban como fluorescentes. Después desenfundó una pistola y mató a Sibila, la reportera que había seguido a Sadman con su cámara durante nueve años, una verdadera experta en el peligroso arte del documental de guerra, donde todas las balas perdidas llevan la inicial de tu nombre escrita en su camisa metálica.

El líder de Bluespace tuvo la inteligencia de guardar la pistola antes de que Sadman se diera cuenta de lo que había pasado. Sadman contempló unos segundos el cuerpo inerte de Sibila, a su espalda. Levantó los ojos y observó que varios reporteros del Canal Rebelde lo estaban grabando. Supuso que lo habían estado siguiendo desde que entró en el local.

“Así de simple”, dijo Sadman, tras apurar su vaso.

“Así de simple”.

Si eres quien creo que eres, vales tu peso en oro.

Hablaba así, Argus Doorman; poseía un anacrónico sentido de la realidad. El oro no valía nada, los niños lo hacían con los juegos de química para aprender a transmutar materiales.

“Te presentaremos en el *Canal Rebelde* y a los cíclopes se les helará la sangre en las venas”, dijo entusiasmado. “El mejor asesino de la Tiranía, en el otro lado. Ningún *centauro* volverá a volar tranquilo”.

“*Centauro*”, dijo Sadman.

“Los de las motos aéreas, los alastores”, dijo Argus, como si le interrumpiesen un discurso muy importante. “La Tiranía temblará ante la nueva *Resistencia*”, añadió, retomándolo.

Bluespace tenía connotaciones negativas, pensó Sadman. Se llamaba así al vacío interestelar y al reino de los muertos. La palabra *Resistencia* hablaba de lucha, de ideales, de hazañas heroicas. Era una palabra mucho más apropiada.

“¿Me estás *escuchando*?”, dijo Argus. No le gustaba que no le prestasen atención. Sadman asintió, parpadeando dos veces, confundido.

“Digo que tendremos que pensar un nombre, un apodo, algo impactante”, siguió Argus, dibujando un gran rótulo en el aire.

“Un nombre para qué”.

“Pues para ti, hombre, no pensarás que puedes seguir utilizando ese seudónimo tan deprimente, ahora que te has liberado del yugo opresor. Gran parte de esta *guerra* se libra por onda herziana, ¿comprendes? Sin una imagen *no nos sirves*”, aseveró, como si hubiese anunciado un eslogan, y adoptó una expresión solemne, con la mirada perdida.

Sadman pensó que aquello era cierto. Después de todo, la televisión era la mejor manera de que la gente llamase a las cosas con las palabras que uno prefería.

El Mundo Libre no era un modo de producción, era un modo de pensar la existencia. Se basaba en supuestos que hubieran sido intolerables para cualquier civilización anterior, que pasaron del rincón del subconsciente al del inconsciente mediante un ejercicio cosmético. Si había un Ministerio esencial en el organigrama de la Panóptica, ése era el de la Palabra. A través de las palabras los hombres pensaban el mundo y definían lo que era bueno y malo para ellos. Había palabras que podían ser horribles porque se referían a cosas horribles, y palabras saludables porque se referían a cosas saludables; todo dependía de lo que cada uno pensase que era horrible, o saludable. Para cambiar el significado de las palabras, la Panóptica comenzaba utilizando otras en su lugar. Luego continuaba restándole importancia a la que había caído en desuso, alterando sus connotaciones, primero mediante la comedia y luego relacionándola con las virtudes que llevaban al progreso. Al final recuperaba aquella vieja palabra cuando su nuevo significado era deseable y cautivador. A la inversa el proceso era idéntico, sólo que se sustituía la comedia por la parodia, y se recuperaba el significante cuando el significado era indeseable y repugnante.

La palabra *confianza* era horrible porque se ligaba a *traición*, *sensiblería* y *dependencia*. Los confiados eran incapaces de valerse por sí mismos, carecían de fortaleza emocional y estaban abocados a que cualquier persona inteligente los exprimiese hasta obtener el máximo provecho.

La palabra *asesino* era saludable porque estaba asociada a *riqueza*, *inspiración* y *éxito*. Los asesinos eran los orgullosos hombres de fuerza que poseían el valor y el talento para vencer al desastre y alzarse con la recompensa.

Todos los niños del mundo querían ser asesinos cuando fuesen mayores. Tal vez por eso el juego más habitual de los recreos era el de Asesinos y Víctimas, quién sabe.

Te llamarás Semaion Metallan.

Argus miraba de nuevo al vacío, imaginando el impacto de su espléndido nombre sobre la audiencia. Disfrutaba absorto con su ocurrencia y no prestaba atención a Sadman.

“¿Por qué?”, preguntaba.

“Pues porque sí, ¿acaso se te ocurre alguno mejor?”, dijo Argus molesto.

Sadman estaba confuso. No había intercambiado tantas palabras con nadie desde hacía años. Se sentía aturdido, cansado.

“Necesito dormir”, dijo Sadman. Le confundía tener que dar explicaciones, se sujetaba la dolorida cabeza entre las manos.

“Claro, *Semaion*, puedes dormir todo lo que quieras. Recuerda que ya no eres un esclavo de la *Tiranía*”. Todas las palabras de aquel hombre sonaban como un eslogan. Sonreía como un vendedor de coches usados, sus ojos lo ofuscaban como un faro de discoteca. Sadman se levantó y se dejó conducir por una mujer hacia una puerta trasera. Sadman sintió su perfume y los recuerdos y el sueño lo invadieron.

Durmió con una serenidad desconocida.

45.

Una langosta capturada a metropol transportaba a Sadman, Argus y media docena de rebeldes en dirección a la frontera entre el Séptimo y el Octavo Acto de Hel.

Y allí, sobre su pedestal de piedra enfermiza, se alzaba la monstruosa Estatua de Plutón, el monumento milenario a la muerte de Dios, a las civilizaciones perdidas que cedieron su trono al gobierno del poeta visionario y la economía del cambio eterno. Los ojos de Plutón, entre los residuos de las palomas, derramaban la lluvia ácida que se deslizaba limpiamente sobre su rostro, un semblante quebrado por la aflicción de los vapores nocivos de las industrias pesadas y la corrosión de las ratas del aire.

Sadman miraba por una ventana circular con ojos cansados, mientras el resto preparaba sus armas con diligencia. Argus daba instrucciones sin descanso, que se resumían en proteger a los cuatro cámaras que los acompañaban, mientras Sadman se encargaba de todo lo demás.

Cuando el piloto les indicó que habían llegado a su destino, Sadman se inclinó para ver una explanada inmensa donde se alzaba la monstruosa Torre Panóptica, sede de los Ocho Ministerios y centro de gobierno del Universo Artificial.

46.

“Buenas noches, bienvenidos al Canal Rebelde. Hoy les ofrecemos una programación muy especial. En directo desde la Ciudad Vector, ¡Semaion Metallan! El mejor asesino de la Historia nos deleitará a continuación con su magia. El hombre anteriormente conocido como Sadman asaltará esta noche la Torre Panóptica para piratear su señal institucional.

“Como pueden ver en sus pantallas, Semaion y otros seis revolucionarios se encuentran ya en el tejado, esperando instrucciones de nuestro enviado especial. ¿Listos? Cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡Adelante! Que comience la matanza”.

La langosta no despertó sospechas hasta que aterrizó sobre el tejado de la torre. A partir de entonces, el grupo comenzó a atraer la atención de la seguridad interna como un protón que se adentra en un enjambre de electrones. Cuando consiguieron llegar al centro de control de emisiones del Ministerio de la Televisión sólo quedaban en pie uno de los cámaras, Argus Doorman y Sadman. Argus sudaba copiosamente, mientras intentaba recuperar el aliento sobre una mesa de realización de cuarenta metros de largo. Tenía la mirada perdida, pero esta vez no porque estuviera ideando algún nuevo eslogan publicitario.

Sadman observaba con los ojos entornados el enorme ventanal que mostraba una panorámica angular del Séptimo Acto de Hel, por encima de las nubes dispersas.

“Semaion”, comenzó a decir Argus con dificultad, “una cosa es verlo por la televisión, y otra muy distinta en directo”.

Sadman caminó lentamente hacia el ventanal, atraído por la visión surrealista del cielo estrellado, sin lluvia. Los cuerpos celestes titilaban en la oscuridad absoluta, suspendidos en el vacío como lámparas blancas.

“Pensaba que habría más...” dijo Sadman.

“Más qué”.

“Estrellas”.

“Se turnarán para no cansarse”.

“Eso parece”, dijo Sadman, tras observar que una pequeña estrella se había apagado de súbito, en silencio. Sadman tomó una fuerte bocanada de aire y miró de soslayo a la gigantesca explanada sobre la que se había edificado la Torre Panóptica. Un ejército mecanizado ocupaba toda la extensión de la plaza, desplegándose de forma ordenada alrededor de la torre.

Sadman contempló la escena que se desarrollaba delante de él como el espectador de una película de arte y ensayo en blanco y negro.

“No hay otro lugar en este planeta donde desplegar una fuerza semejante...” dijo lentamente, y dio media vuelta.

Argus le apuntaba a la cabeza con una pistola. Por el temblor de su brazo, parecía llevar en esa posición varios minutos, aunque el miedo que se reflejaba en sus ojos hacía pensar en otras alternativas temporales.

Sadman lo miró fijamente, mientras extraía su propia pistola del bolsillo derecho de la gabardina. Argus apretó el gatillo y el arma se encasquilló. La miró un instante, aturdido.

“Siempre pensé que a los demás les pasaba porque eran estúpidos”.

Luego alzó la vista al atisbar la sombra del brazo de Sadman, elevándose frente a él.

“Supongo que todos los que lo intentaron pensaban lo mismo...”.

Sadman amartilló la pistola...

Pero espera, déjame explicarte...

... y le voló la cabeza al líder de Bluespace, el único funcionario de la Compañía con Código de Seguridad AAA.

Frente al muro de televisores del control central de realización del Ministerio de la Televisión, Sadman observó un fenómeno extraño. Todos los canales interrumpían de forma paulatina sus programaciones habituales para hablar del asedio a la Torre Panóptica, como un gigantesco dominó de luces y sonido. El primer canal que decidió hacerlo acumuló en pocos minutos una audiencia del dos por ciento, en rápido ascenso; un hito histórico. Los demás lo imitaron en cascada. Tras veinte minutos de emisión, un noventa y cuatro por ciento de la audiencia planetaria seguía las evoluciones del acontecimiento por un medio u otro.

El seis por ciento restante no tuvo oportunidad de ver el final de sus programas favoritos.

“Se trata de Héctor Deífobo, general de tres estrellas de los Bucelarios de Elite. La Compañía requirió su traslado de Eta Delta en cuanto se produjo el trágico incidente de los Nihilim”.

“El general ha ordenado utilizar munición de cobalto-60 para esta operación. Según nos explicó esta mañana, si Sadman intenta utilizar cualquier tipo de armadura metálica, el cobalto-60 la volverá radiactiva”.

“No parece tener sentido: Sadman jamás ha utilizado armadura”.

“Eso fue lo que le dije”.

“¿Y qué respondió?”.

“Que las presuposiciones habían hecho fracasar a todos los que habían intentado matar a Sadman antes que él”.

“George, son las nueve de la noche”.

“Cierto. Señores telespectadores, el general Deífobo nos ha pedido que emitamos a esta hora un fragmento de la entrevista que nos concedió esta mañana”.

El rostro de un hombre apareció en primer plano en una de las pantallas, vestido con uniforme militar, mirando directamente a cámara. Los demás canales conectaron con la entrevista diferida uno tras otro, hasta que la imagen del general acabó multiplicada por mil seiscientos. Simultáneamente, la orquesta sinfónica de la John Black, situada en el estudio de sonido entre la primera y la tercera planta, comenzó a tocar una pieza marcial para subrayar el discurso televisado.

“Señor Metallan, soy el general Héctor Deífobo. Sé que usted se encuentra ahora mismo en la planta setenta y cinco de la Torre Panóptica. La langosta que lo transportó al tejado ha sido destruida. Los accesos subterráneos, de los que quizá no tenga noticia, han sido demolidos. Como puede usted ver, hemos rodeado el edificio por completo. He diseñado un plan meticuloso que acabará con su vida esta noche, señor Metallan. No estoy intentando convencerlo de que se rinda. Tengo en mi poder una orden de homicidio contra usted, firmada por el Fundador Viviente. Quizá la recuerde, ya que es la misma que fue entregada previamente a los Nihilim. No se confunda, señor Metallan. Tengo a mi disposición tres regimientos, uno de cada ejército. Lo que usted tiene a sus pies son dos mil Bucelarios de Elite, treinta y tres carros de combate, treinta y tres aeronaves artilladas y treinta y cuatro francotiradores. Pero no es lo único que he traído al tablero esta noche, señor Metallan. Mi plan es infalible, porque en cuanto salga del edificio, su cuerpo de carne no podrá ocupar un centímetro cuadrado que no esté sembrado de muerte. Para que un electrón se recombine con un protón sólo hay que ejercer una presión crítica. Debería congratularse: hoy se convertirá usted en una estrella de neutrones. Y yo quiero darle las gracias, porque de su mano entraré en la Historia como la más brillante supernova. Buenas noches a todos”.

El discurso de Deífobo no tuvo el efecto deseado en Sadman. Se giró hacia el ventanal, con los brazos flácidos, mientras el viento negro hacía acto de presencia.

Firmada por el Fundador Viviente.

Comenzó a soplar en su alma como una suave brisa, y fue creciendo de intensidad hasta que se convirtió en un grito ensordecedor. El viento negro no entendía de jerarquías.

Firmada por el Fundador Viviente.

Sadman miró allí donde se negaba a mirar desde su encuentro con los Nihilim y contempló el rostro sin forma que amenazaba su vida, aquél que se apartó de los hombres en su Torre Empírea. Sadman se exprimió las sienes con los dedos extendidos, luchando contra la ira del viento negro que retumbaba en su mente. Los aullidos reclamaban un saldo de sangre, una puesta en equilibrio.

Matar al Fundador de lo que existe, del Mundo Libre.

Sadman era incapaz de razonar con el abismo. La enfermedad exigía un sacrificio que saciase su hambre ritual. Sadman debía calmar la tormenta antes de enloquecer, encontrar una respuesta al llamamiento.

El Fundador Viviente, el dios inmortal de la Compañía, que gobierna el Universo, encerrado en su torre, en la cúspide del mundo.

Matar al Fundador es morir en los pasillos de la Torre Empírea, donde viven los guerreros invisibles y las madres aullantes.

El Fundador debe morir.

Dijo el viento negro.

Y supo que sólo entonces hallaría la paz.

Algunos programas debatían sobre la historia de Sadman, intentando predecir el resultado del inminente combate. Aunque en un principio se habían mostrado incrédulos, el discurso de Deífobo había entusiasmado a periodistas y espectadores por igual. Todos daban gracias al Poeta por que la Compañía hubiera cultivado el arte militar de un hombre capaz de interponerse entre la gente de bien y el desastre.

Los debates estaban aderezados con grabaciones de vídeo enviadas por espectadores

y Sadman,

por primera vez,

vio su propia imagen.

Sadman camina por una calle atestada de gente, con uniforme de metropol. Varios transeúntes desenfundan subfusiles y le disparan a escasos metros, gritando consignas de Bluespace. Mientras los civiles caen acribillados, como pétalos alrededor de su estigma, Sadman extrae su pistola y les vuela la cabeza a los rebeldes, uno a uno, con indecorosa parsimonia. Los transeúntes vitorean, entusiasmados, hasta que una chica

toca el brazo de Sadman y éste le descerraja una bala en la frente.

Sadman entrega una orden de homicidio a un padre de familia. Uno de sus hijos sale de una habitación armado con una escopeta recortada y abre fuego. Los perdigones matan al padre sin rozar la gabardina de Sadman, erguido junto a él. Sadman dispara al joven en la cabeza, observa el cuerpo tendido del padre para asegurarse de que está muerto, recoge la orden de homicidio, la moja en la sangre del muerto y se marcha, dando la espalda a la esposa y los demás hijos.

Sadman se lleva la mano al vientre y observa su propia sangre, junto a un niño que le apunta con una pistola humeante. Sadman dispara al niño entre los ojos. Un grupo de Asesinos Públicos, al otro lado del pasillo, abre fuego automático contra él. Sadman los mira con frialdad y avanza lentamente hacia ellos, mientras les dispara en la cabeza con la frecuencia acompasada de un metrónomo.

Sadman camina hacia la puerta de un apartamento, dando la espalda a dos hombres. Mientras uno de ellos graba la escena, el otro, con los pantalones bajados, grita histéricamente junto al cadáver de una chica con la cabeza destrozada. El violador levanta un subfusil y dispara media docena de proyectiles, que impactan en la pared dibujando la silueta de Sadman.

Sadman sale de las sombras y dispara a un Nihilim que le da la espalda. Otro Nihilim se gira hacia él, pero cae muerto antes de poder apuntar. El tercer Nihilim apunta al corazón de Sadman y aprieta el gatillo. La imagen se congela y luego avanza a un millón de fotogramas por segundo, mientras un periodista señala la posición del proyectil en la pantalla. A un metro y medio del corazón de Sadman, la imagen tiembla levemente, la bala efectúa un giro de treinta grados, esquiva a Sadman y se estrella contra la pared. La grabación rebobina y la bala vuelve al cañón de la pistola del Nihilim.

La bala sale de la pistola, a un metro y medio del corazón de Sadman gira treinta grados y se estrella contra la pared.

Observando los monitores de televisión, con las pupilas dilatadas, Sadman comprendió algo, algo incomprensible, y tomó el pasillo que conducía al ascensor del vestíbulo, dejando atrás todo lo demás.

Desde el recibidor de la Torre Panóptica, Sadman contempló los focos que encañonaban la salida. En la explanada se amontonaban las unidades móviles de la John Black, detrás de tres regimientos de armas combinadas. Alrededor de la inmensa plaza aguardaba expectante una multitud fiel a sí misma, sedienta de sangre. Sadman escuchó los megáfonos que le ordenaban detenerse y siguió caminando. Todas las cámaras y todas las armas se dirigieron hacia él y siguió caminando. Las puertas se abrieron y levantó su pistola hacia uno de los soldados. El ejército abrió fuego al unísono y la atmósfera se volvió salvaje. Las cámaras trataban de localizar la exclusiva entre la maraña de proyectiles mientras el masivo edificio bramaba de dolor, reventado por el insoportable castigo que estaba recibiendo. Los cascos caían al suelo levantando bolsas de polvo, los cristales estallaban envenenando el aire, el estruendo era ensordecedor. Un reportero vio caer a un bucelario que había sido herido mortalmente. Miró a su alrededor y vio que había más soldados desperdigados por el suelo. Levantó su cámara de nuevo y contempló la infernal aparición de un hombre saliendo del enjambre de proyectiles, cascos y humo. Caminaba, erguido, apuntando con una pistola al soldado más próximo. El bucelario disparó a bocajarro y la recámara de su fusil estalló entre sus manos, cortándose las de cuajo. La bala de Sadman ahogó sus gritos. Los reporteros retrocedían, tropezaban, trataban de grabar y sobrevivir. Los soldados disparaban, cerrando el ángulo de tiro conforme el monstruo cruzaba por mitad de la formación. Las libélulas disparaban sus cañones de treinta milímetros hacia la posición estimada de Sadman, atravesando los vehículos y el cuerpo de los compañeros de armas. Luego, los proyectiles comenzaron a atravesar a la multitud sedienta de sangre, hasta que los cañones se quedaron sin munición. Sadman se alejó de aquel templo del caos sin un solo rasguño en su gabardina.

Frente a los monitores de la Torre Panóptica, Sadman había comprendido que su inmunidad no dependía de sí mismo, escapaba de su control. Había comprendido que él no era el mejor asesino de la Historia, sino el preferido de una fuerza desconocida que había despojado a los mortales de la facultad de dañarlo, y había comprendido que entre aquellos mortales se lo incluía a él. Ningún acto suyo, eficaz o negligente, alteraría aquella disposición superior.

Sobrevivieron cuatro reporteros.

Murieron ochocientos veintiocho soldados.

Mientras treinta y dos libélulas se alejaban de la Plaza Panóptica, una permaneció suspendida frente a Sadman, inmóvil. Sadman levantó la vista y reconoció el rostro de Héctor Deífobo a los mandos del aparato. El general sonrió y saludó a la manera militar.

“Adiós, señor Metallan”, dijo a través de los altavoces. “Sólo lo siento por la torre. Nadie podrá disfrutar de la belleza de este momento”.

Héctor Deífobo desactivó el campo electromagnético de la bomba de un gramo de antimateria que estaba alojada en la bodega del vehículo. Diez elevado a treinta positrones, algo más de un quintillón, quedaron libres para moverse a su antojo. Algunos nanosegundos después, todos entraron en contacto con los electrones exteriores de los átomos que formaban la carcasa de la bomba y se aniquilaron mutuamente, transformando toda su masa en energía. Ochenta trillones de Julios de energía, neutrinos incluidos.

La explosión fue visible desde el espacio. Un hermoso ramillete de pétalos blancos que floreció sobre una superficie gris, en silencio, después de que las nubes se retirasen a continentes lejanos, como por arte de magia, encogidas y asustadas como los niños que escuchan cuentos de miedo en la oscuridad.

Cuando la Torre Panóptica se desvaneció, todos los canales de televisión dejaron de emitir, incluyendo el Canal Rebelde. No pasó mucho tiempo antes de que una horda de videoaficionados saliera a la calle en tropel para dar testimonio de la muerte de Sadman.

El primero que lo encontró liberó un grito de asombro.

A los ojos del mundo se abren los párpados de Sadman, como las aves de metal que duermen en la estatua que llora sobre los cimientos de Hel. Se desvelan los secretos innombrables con un suspiro de melancolía que puebla los nuevos sueños, un ansia de conquista que no conoce otra respuesta que la llamada de la carne. Los pasos de Sadman resuenan sobre el asfalto de piedra como el tañido de las campanas del Tiempo, como los gritos del silencio de las Almas Blancas que buscan descanso, como los brazos tentaculares de la monstruosa Fama, como el sordo rumiar de las hilanderas del Destino acabando la madeja.

Ha llegado el día que verá el fin del Universo y Sadman camina por las calles de Hel, sin apresurarse demasiado. Camina como caminan los ángeles exterminadores sobre la tierra prometida, con la parsimonia del que lleva un mensaje de tiempo sellado por la voluntad superior de Dios. Sadman camina porque ésta es la velocidad a la que viaja el Destino, el ritmo inexorable de la Providencia. El desencadenamiento inevitable de la acumulación milenaria de la Entropía.

En el Octavo Acto se alzaba orgullosa Onírica, estandarte del Mundo Libre, modelo universal que se ofrecía con promiscuidad dispuesta a desvelarse para el plagio. Cultura de diseño, cuna de artistas de eternos retornos y pasarelas giratorias, sombreros ofensivos y trajes llameantes que vestían a emperadores nocturnos en salones de té y galerías de ciento veintitrés días.

Hermosa ciudad de rascacielos abiertos en flor, de inquietas bocachas luminosas y lindos coches voladores cubiertos de faros acrobáticos. Arlequines con sombrero de copa y caderas anchas bailaban compases con los labios húmedos por el licor y un *déjà vu*. Redes colgantes que abrigaban los cuerpos embadurnados en sexo chorreante y no dejaban respirar a la luz, que fluían hacia el suelo como viscosas telas de araña recién eyaculadas del vientre, decoraban los vestidos inmutables como dulces recuerdos de un mañana ya vivido. Éxtasis perceptivo edulcorado sin excipientes, falta de posología por ahorrarse la tinta, eterno sueño brillante de amaneceres rojos y visiones de aves. Galopar de caballos salvajes sobre prados de amarilla hierba espumosa con sabor a cerveza. Gatos de mazapán que maullaban con gusto y daban masajes gratis por un ronrón y unas cosquillas. Barcos de vapor que despertaban a los vecinos con trompeta y pistolas de abejas. Películas originales subtituladas en los idiomas antiguos de especies extinguidas. Charcos de ranas voraces que se tragaban a los hombres y contaban con el estómago chistes para desternillarse de risa.

Maravillosa Nubacucolandia, ciudad del sueño con muros de ajedrez y peones dormidos en hamacas diseñadas a gusto de cada uno.

52.

Y en el Noveno Acto se elevaba sobre el mundo suplicante una torre solitaria como un coloso sobre la llanura de cemento de cuadros blancos y negros, un cíclope sin párpados que observaba la realidad que había creado a su imagen y contemplaba orgulloso a su prole. Oscuro objeto de formas imposibles que gobernaba a los hombres desde lo alto, como un antiguo panteón desterrado de su justo emplazamiento.

Y arriba, en su cúspide, el hogar tetraédrico de un dios moderno.

Chandrasekhar, el poeta visionario que salvó al mundo del Colapso y generó un nuevo universo para acoger a los fieles al cambio.

Chandrasekhar, Fundador Viviente de la Compañía y Señor de Lo Que Existe.

Chandrasekhar, el hombre al que Sadman viene a matar.

Hay entre los hombres un extraño placer en la tristeza. Ocurre a veces que la melancolía se apodera de ellos con un sabor especiado, de flores imposibles, que fluye desde los sentidos a la mente.

Son emociones nostálgicas de días perfectos que alientan su respirar, que les rompen el corazón con dedos profundos. Y ellos se abandonan a esa sublime tristeza con lágrimas secretas, sonriendo, entregados a la felicidad innumerable que tuvieron entre sus manos y no pudieron conservar.

Atesoran los hombres la vida en esas ocasiones con tal pasión que se sienten gozosamente desdichados. ¿Cuánta poesía no fue vertida con plumas trágicas?, ¿y cuántos cantos no fueron entonados con una voz quebrada?

Miremos entonces a Sadman y sintamos júbilo en el recuerdo de esos momentos nublados, pues su dolor no está aderezado de esas melancolías. ¡Pobre Sadman, que sólo conoce el sufrimiento más despiadado! Pobre Sadman que heredó en sus genes nuestras penas sin la ternura ni la esperanza de que fuesen oídas. Pobre criatura esta que camina en soledad junto a todos los lamentos que sintieron los hombres y la tierra desde el principio de los tiempos. Compadeceos de él, esta Bestia, esta maldad, pues sufre por todos nosotros, en lugar de nosotros, sin una queja, sin un suspiro que pueda aliviarle... pues, ¿cómo puede conocer alivio aquél que nunca conoció los días mejores y la felicidad que nutrió a la nostalgia? ¿Cómo puede sentir alivio aquél que está destinado a rendirle cuentas al Tiempo, aquél que exigirá su tributo de sangre al hombre en el nombre del hombre?

Y mientras, Sadman camina en soledad hacia la destrucción del Universo. Sin premura, pausadamente, como la música que revela su belleza cuando entrega sus notas al viento para morir.

Penetró Sadman en las estancias luminosas de hospital, más allá de los muros de marfil y las cámaras de vigilancia. Los videoaficionados sucumbieron a manos de los guardias, Sadman dispuso de éstos como creyó oportuno y siguió adelante. Se le abalanzaron las sombras de los guerreros invisibles y los descuajó con sus propias espadas de cerámica. Cantaron para él las mujeres aullantes y él bailó para ellas la danza de la muerte, que aplaudió con vigor el eco de sus pasos más allá de los salones ancestrales que guardaban la memoria de un millón de especies extinguidas en trofeos antropefálicos donde el nombre de cada una se leía en una lengua muerta.

Recorrió Sadman las cámaras de viejos reyes y generales, de asesinos consagrados al público que alcanzaron la inmortalidad a cambio de vivir dentro de aquellas paredes por siempre. Conoció a los predicadores de la muerte, que habían matado por despreciar la vida y fueron recompensados por la dadivosa Compañía. Conoció a los suicidas, que fueron vanagloriados por liberar a la raza de los inadaptados. Conoció a los ladrones, que recibieron riquezas por entregarlas a sus amos. Conoció a los científicos y pensadores del cambio, que fueron asesinados para que no investigasen o pensasen más allá de ese cambio. Conoció a los Nihilim en sus Torres Santuario y supo que eran hermanos antiguos como el tiempo, y supo que ellos eran Sujeto, Significante y Significado.

Y contempló las escrituras del libro de bronce donde se narraba la formación del mundo, consagrada a Noelle y a Newman, y leyó las hojas imborrables donde se hablaba del Gran Diluvio, el Tiempo Intermedio, y contempló los planos de las nuevas estrellas y las gráficas de los planetas artificiales. Y vio a Tertia M Alfa, el primer sol construido por el hombre hacía tantos años que cuando leyó el último número había olvidado el primero; y vio su mundo girando alrededor de la estrella y vio sus ciudades grises y sus terrazas desde el espacio. Pero el brillo cegador de la estrella no le permitió ver qué se ocultaba en su cara interior, y se alejó de aquellos monumentos con la frente doblegada, hacia un pórtico de marfil que representaba a dos enormes monstruos rampantes de grandes orejas y largas narices terminadas en bocas que se entrelazaban entre sí. Y sobre ellos había un viejo reloj de pared que se había parado en las siete y cuarenta y cinco.

Y es aquí cuando se abrió el pórtico hacia una estancia fulgurante y un silencio abrumador se escurrió entre las hojas y los goznes de metal invadiendo el pasillo lacrado tras de Sadman hasta que el rechinar de sus propios pasos se vio ahogado. Frente a él surgieron tres paredes de cristal que proyectaban una mesa y un sillón hacia el infinito.

Sadman cerró las puertas y comprobó que un nuevo espejo se formaba en ellas. Entonces reparó en la cámara de vigilancia que seguía sus movimientos y los espectadores se percataron de que, por primera vez, Sadman estaba mirándolos.

Sus pupilas azules los observaban desde el abismo incomprensible de su mente y eran la aparición de la locura, contenida en forma humana, quebrando la frágil voluntad de los hombres.

Y mientras el mundo caía en la desesperación, Sadman contemplaba ahora su propia imagen en el espejo. Nueve años le habían seguido las cámaras por los rincones más remotos de la civilización y jamás habían visto aquellos ojos reflejándose hacia sí mismos. El Mundo fue testigo involuntario, horrorizado, del meticuloso escrutinio al que la bestia estaba sometiendo a su propia imagen, la imagen de una mente muerta. Sadman se miraba en el espejo y la representación de aquellos espantosos pensamientos era apocalíptica. Era como si el propio mundo no fuese a resistirlo, como si la realidad comenzase a combarse como un cristal amenazando con estallar. Era Sadman frente a Sadman, materia contra antimateria, el verdadero punto de fractura del Universo.

Entonces Sadman dijo:

Para lo que sigue no habrá espectadores.

Cada cual deberá experimentarlo por sí mismo.

Y su voz eran las campanas del Tiempo, las trompetas de los Arcángeles y los sellos del Cordero.

Y Sadman disparó a la cámara y destruyó su conexión con los mortales.

Entonces el Mundo se quedó a oscuras.

Yo soy el Fundador Viviente.

SÍNTESIS

56.

Aquél que guardaba silencio, al que los venerables no quisieron prestar sus páginas, conserva su memoria. El que fue ignorado, será oído, pues éste es el libro de bronce, éstas son las palabras del repudiado, estas palabras se escriben con una pluma metálica y no pueden ser borradas. Frente a la saeta, ésta es la forja. Ha llegado el momento de descubrir el tomo secreto que recoge los lamentos milenarios del subsuelo.

Éstas son las palabras que cobran fuerza en el silencio para manifestarse en la nefasta furia de la tormenta.

No siento más que el empuje de una causa ajena. Nada de lo que hago responde a un razonamiento interior o a una emoción que me pertenezca. Actúo como veo actuar, digo lo que oigo, las emociones que muestro son las que los otros reflejan sobre mí. No puedo definir lo que siento porque mi mente carece de formas. Lo que veis es lo que queréis ver. Yo no soy nada que podáis imaginar. Para mí el miedo y la calma son la misma cosa, y no es lo uno ni lo otro. Poseo el don del lenguaje, pero es un don, y lo utilizo por cesión. Mi lenguaje es silencioso, vacío y sordo. No puedo aprender de los otros porque no sé qué debe aprenderse y qué olvidarse, no conozco las normas que determinan lo que se debe hacer y lo que no. La moral es distinta a mí. No necesito cambiar este modo de comportamiento porque la sociedad en la que existo me permite sostener esta ignorancia. Hago lo que los demás hacen, digo lo que dicen, ellos matan, matar es fácil. Me limito a imitar lo que mis sentidos perciben alrededor. Ése es el camino de la supervivencia. Esta torpe palabra humana no puede definir correctamente lo que surge en mi estómago, lo que adormece las palmas de mis manos y mis pies, esta posesión. Es una palabra torpe. No se trata de vivir por encima de las dificultades, también se trata de vivir por debajo de las dificultades, a su alrededor. A lo que los hombres llaman expandirse, a eso se parece más esta pulsión. Los hombres que conozco no pueden expandirse físicamente, creo que yo tampoco. Pero uno puede expandirse cuando contrae a los otros. Pero a eso los hombres no lo llaman sobrevivir, lo llaman destruir, creen que es distinto, pero al mismo tiempo destruyen para sobrevivir. No les asustan las contradicciones porque temen más al lenguaje. Los hombres son extraños a veces porque no dicen lo que piensan, es difícil darse cuenta cuando hacen esto. No matan para expandirse, sino por placer o para huir del dolor. De nuevo el lenguaje humano es imperfecto aquí. El placer de los hombres es a veces doloroso, suelen disfrutar de su dolor. Pero no admiten su placer dolor, a pesar de que matan tan a menudo. Encubren su placer dolor con excusas como el saqueo, la venganza o el odio. Estas palabras son siempre extrañas y a veces son confusas. Definen emociones que provocan actos que los hombres no parecen controlar bien. Creo que es parecido al viento negro. El viento negro es incontrolable, pero no es una emoción en absoluto.

Es la llamada a la expansión.

No entiendo por qué la pared sigue teniendo la forma de mi imagen. Sé que los hombres usan espejos que reflejan su aspecto exterior. Los usan para acercar su apariencia a la que ellos creen que agrada a los demás. Es una forma de las que tienen para expandirse. Aunque sé qué son, los espejos nunca han podido verme porque creo que los espejos no dicen nunca lo que piensan.

Pero esta pared no puede ser un espejo porque la imagen me sonrío.

Los hombres sonrían algunas veces cuando se entregan a su placer dolor, también cuando se traen algo entre manos. Las imágenes no sienten placer dolor. Cuando no entiendo una cosa el viento negro se expande, y para que me abandone debo expandirme yo mismo. Pero destruir la imagen no hará que lo entienda. Las imágenes no piensan, no hablan.

—Hola Sadman. Me alegro de que hayas llegado por fin. —Esa voz es mi voz, pero mi boca no se mueve. Se mueve la del espejo.

—Los espejos no hablan.

—Parece que éste sí —dice con una gran sonrisa.

—En ese caso no eres un espejo.

—Eres muy inteligente, Sadman, y no me sorprende en absoluto. —Sus palabras desprenden placer dolor. Yo le causo placer dolor. No entiendo la explicación, el viento sopla.

—Tranquilo, jovencito, debes prestarme mucha atención. Yo te explicaré lo que necesitas saber; más correctamente, te diré las preguntas que corresponden con todo lo que ya sabes, y que no necesita corrección alguna.

—Yo no me hago preguntas. Yo hago preguntas a los hombres cuando no hacen lo que dicen para poder entender.

—Estás muy convencido de ello, ¿verdad? Estás muy convencido de todo lo que dices. Bien, Sadman, juguemos a tu juego. Yo pregunto y tú respondes.

El viento soplaba muy despacio. Ver mi imagen lo expulsaba fuera de mí como si la imagen me agujerease el estómago. Los espejos nunca dicen lo que piensan, los espejos buscan expandirse. Este espejo se contrae, y si él se contrae yo me expando.

—¿Por qué estás aquí, Sadman?

—He venido a matar al Fundador Viviente.

—¿Y por qué quieres matar a alguien tan importante, Sadman?

—Porque intenta matarme a mí.

—Comprendo. ¿Por qué intenta matarte el director de la Compañía, Sadman?

—Porque fui despedido.

—Ya veo. Siendo como eres el mejor asesino del Mundo, la Panóptica tuvo que recurrir a los Nihilim. Como resulta obvio que fallaron, después recurrió al ejército. Ambos obedecen únicamente al Fundador, por lo que, según tu razonamiento, destruyéndole a él acabarás con la fuente de todas las amenazas contra tu vida. ¿Me he equivocado en algo, Sadman?

—No.

—¿Puedo preguntarte otra cosa más, Sadman?

—Sí.

—¿Por qué fuiste despedido?

—Por acceder a las bases de datos de la Panóptica.

—¿Y qué buscabas allí, mi dulce Sadman?

—Información.

—¿Qué tipo de información, exactamente?

—Una mujer, cosas... sobre una mujer.

—¿Qué cosas, Sadman, qué... cosas?

—Yo... no... no lo sé.

—Buscabas información, pero no sabes qué clase de información. Buscabas algo, Sadman, algo que se había alojado en tu mente y te impedía respirar. Buscabas una respuesta a tus *dudas*.

—No, eso es... imposible.

—Y esas dudas nacieron porque aquella mujer hizo algo que despertó tu único instinto, el impulso de supervivencia, contra una amenaza fuera de tu alcance, algo que no podías eliminar, lo que te llevó a hacerte una...

—Pregunta.

—Exacto, Sadman. Y ese algo es esencial para mí, no puedes entenderlo; es esencial para todos nosotros. Han pasado muchos años hasta que ese algo apareció, para provocar una reacción en ti, como estaba previsto. Sí, como estaba previsto, Sadman. Y ahora estás aquí, has vuelto, al fin, con ese... *algo*.

—Qué dice... no entiendo lo que...

La imagen se acercó a mí, parecía que iba a salir del espejo.

Su mirada no era como la mía, a pesar de que sus ojos eran los mismos. Era una mirada sabia y antigua, vieja como la misma tierra, poseedora de un conocimiento infinito sobre mí, sobre el mundo, sobre todas las cosas. Sus ojos azules me miraban como si en su interior un relámpago se cargase de energía antes de estallar.

Quiero que me des lo que te dio aquella mujer, Sadman.

Su voz. El espejo no movía

los labios.

Los ojos cargados de electricidad estallaron. Todo se volvió blanco, blanco como una explosión, luego todo se hizo noche. El espejo estaba ahí, pero muy, muy lejos, como un lago de hielo.

Yo me había olvidado de la voz. Hubiera querido olvidarme de la voz.

Dame lo que te dio aquella mujer, Sadman.

Oh, aquella voz. Esa voz me sobrecogía, entró en mi mente, y entonces sentí miedo...

Dame lo que te dio aquella mujer, Sadman. Quiero lo que te dio aquella mujer, Sadman.

Dámelo, Sadman, ahora, Sadman. Es tarde, Sadman. Dámelo antes de que sea demasiado tarde, Sadman.

—Yo no puedo darte nada, yo no tengo nada. Ella no me dio nada... Yo no sé... no sé qué...

Sí te lo dio, Sadman. Lo tienes aquí dentro en tu cabeza. Piensa en la mujer, Sadman. Piensa, en ella, en esa dulce y sabrosa mujer, ahora, Sadman, piensa, no hay tiempo. Hazlo, yo haré lo demás, piensa ahora, Sadman.

Ahora.

Estaba tan aterrorizado, era algo tan nuevo y horrible. Era el significado más riguroso de la palabra náusea.

Entonces obedecí, pensé en Eva, y recordé todo lo que había sucedido.

Al fondo del pasillo había una puerta con el número 231 inscrito sobre la mirilla. Golpeé la madera y esperé mientras preparaba la orden de homicidio. Pasó bastante tiempo, luego la puerta se abrió lentamente y Eva se asomó despacio. Ella tenía el pelo rubio, los ojos verdes, aquellos grandes ojos verdes que no se parecían a ningún color del mundo. Le entregué la orden y Eva la recibió en su mano como si el papel fuese a quemarle los dedos. Miraba la orden muy fijamente, era como si supiese lo que había escrito. Cuando comenzó a leerla dejó de sujetar la puerta. Tenía que estar mal enmarcada, porque se abrió sola. Entonces aproveché y entré sin pedir permiso, porque quería zanjar la cuestión y marcharme (era muy tarde y estaba cansado), así que fui sacando la pistola. Eva leía la orden. Nadie había leído nunca la orden. La gente se limitaba a leer lo de “Orden de Disolución de Contrato” y se hacía a la idea de lo demás. Qué iban a hacer, ¿poner una reclamación al día siguiente? Recuerdo a un alto ejecutivo que se alegró tanto de ver la orden que me invitó a una fiesta que daba en su casa. Todos me aplaudieron al verme y me dieron una copa de champán. El tipo era tan rico que había pagado su resurrección y se había despedido él mismo. Quería saber qué había después de la muerte. Me pidió que le disparase en el vientre para así morir despacio y verla venir de lejos. Dejé la copa que había aceptado por cortesía y le pegué un tiro en la frente. Los invitados me abuchearon, pero yo no soy de los que hacen el tonto con las armas mortales. Haces cosas así y luego te olvidas un día de limpiar la pistola, le pones munición de Alta Velocidad porque no va a pasar nada por una vez, y luego un día cualquiera se te encasquilla o te explota en la mano. De todas formas, no es que todo el mundo te diese la bienvenida al verte en su puerta. Pero no eran tan incivilizados como Eva. La gente firmaba, a veces hasta te pedía el bolígrafo, se iba al baño y se tomaba algún sedante, o muchos sedantes. A veces te pedía por favor que esperases un poquito para que les hiciese efecto. Yo siempre les daba todo el tiempo del mundo porque nunca tenía prisa. Bueno, aquel día tenía prisa, pero era porque estaba muy cansado. Había matado a un montón de gente, fue un día larguísimo. Había pensado en todas aquellas cosas y ella todavía seguía leyendo la orden. Me pareció una falta de respeto enorme. Me acerqué un poco más para que se diese por aludida. Eva no estaba leyendo. Estaba llorando. Había visto llorar a algunos hombres después de disparar contra mí y ver que se habían quedado sin balas y yo tal cual, pero yo no iba a matar a Eva como si me hubiese intentado hacer daño, claro que no. Yo tengo una puntería excelente. La gente se muere tan rápido que ni se entera. Eva estaba llorando, se apoyaba en la mesita y yo la miraba a través del espejo. Eva era hermosa, a mí me lo parecía, quiero decir. Y

me refiero a que ver su cara alejaba de mi lado al viento negro, la llamada a la expansión. Me hacía sentirme tranquilo, calmado, tal y como estaba, sin matar a nadie por un ratito.

Por eso, cuando me pidió que retrasase lo inevitable, acepté.

61.

Qué más, qué más, por qué te paras, debe haber algo más. Al día siguiente viste unos planos, alguna agenda. ¡Eso no puede ser todo!

—No hay nada más.

Me engañas, me estás engañando, Sadman. No puedes imaginar lo importante... No puedes imaginar lo que puedo hacerte, Sadman. Puedo destruirte, yo, sí, yo, puedo matarte, Sadman. Para mí no eres nada, no eres más que mierda, Sadman. Puedo hacerte desaparecer con un chasquido.

La voz estaba tan furiosa que sentía temblar mi interior con cada sílaba que acentuaba.

Sentía que su poder era enorme, pero cuando amenazó con matarme el miedo desapareció. El viento negro hizo acto de presencia y recuperé mi antigua fuerza.

—Soy Sadman. Nada hay en este Mundo que pueda dañarme. —Disparé contra el espejo, el agujero era grande. La sonrisa era mucho mayor, muy retorcida.

Lo hay, pequeño, yo soy lo que puede dañarte. Nadie es invulnerable, Sadman, siempre hay algo que se escapa de su alcance. Toda invulnerabilidad tiene su ruina.

Yo soy Chandrasekhar, yo soy el Fundador Viviente, yo soy tu creador, yo soy Sadman.

Tú eres mi homúnculo, pequeño bastardo. No eres más que mi cuerpo, que se mueve solito por el mundo sin hilos de plata. Tú que nunca te hiciste preguntas, intenta recordar a tus padres, o tu infancia, ¡algo anterior a estos nueve años! No puedes porque no hay Nada. Tú no eres nada. Eres la cáscara de la criatura más prodigiosa que haya caminado sobre la tierra. Enviado para descubrir un enigma, una verdad que nadie más que un monstruo como tú podría averiguar. Un monstruo sin memoria, sin conciencia, sin prejuicios. La inalcanzable objetividad hecha humana, apenas humana, demasiado humana, ja ja ja.

¿Comprendes, mi alfeñique, lo ridículo de tu existencia?

Y ahora debes colaborar, o te eliminaré sin dejar rastro. Recuperaré mi cuerpo y tu voz se apagará para siempre, volveré a ser el que siempre fui, el que siempre fuiste. Excepto por unos ridículos nueve años.

Así que piensa, Sadman, criaturita. Piensa en lo que falta.

Él tenía razón, yo no recordaba nada anterior a los últimos nueve años, aunque mi cuerpo debía tener alrededor de treinta. Él tenía razón porque nada de lo que había

dicho me importaba en realidad. Yo no tenía memoria, prejuicios ni conciencia. Yo era un cuerpo vacío. Yo era un monstruo, un monstruo nada más. Eso es lo que era. Eso es lo que había sido siempre. Lo peor era que no me sentía mal por ello. No sentía absolutamente nada.

—Sólo me he reservado sus palabras —dije cabizbajo.

Dímelas, dímelas.

—“Duerme conmigo esta noche y mañana haz lo que debas”. —Repetí las palabras y experimenté un escalofrío. Era la primera vez que las pronunciaba y sentí como si Eva hablase a través de mi voz.

Sadman, esto se acabó.

Eres un estorbo, esto debo solucionarlo sin ti. No hay tiempo.

Adiós.

Este desmerecerse es para mí un renacimiento, y después de nueve años siendo pura memoria inerte, percibir esta sala de espejos, un mundo sensible donde ser sensitivo, éste que es mi propio despacho, se asemeja a la experiencia del paraíso. Pero mis tres hermosos caballeros siguen ahí expectantes, mientras yo contemplo el firmamento de estrellas por encima de las nubes, desesperado por la impotencia mientras alguien destruye mi obra. ¡Es tan vívido sentir ese recuerdo con un estremecimiento, con un erizarse del vello y un sudor frío recorriendo mi espalda! Aún ahora, cuando la amenaza es más cercana que nunca, me invade una profunda sensación de nostalgia por aquellos días de frustración y terribles decisiones, de exhaustivos análisis y planes de intervención. Pero ahora, con lo que Sadman vio por mis ojos, con la objetividad nacida de la indiferencia y la insensibilidad únicas con las que doté a mi criatura, ahora tengo la llave para la salvación. Ahí hallaré al responsable de la catástrofe, y entonces el Fundador volverá de su Retiro para actuar con determinación instantánea. Nada en este universo puede escapar de mi voluntad una vez que el ojo panóptico se cierne sobre él, pues éste es mi Universo, mi Obra.

Las estrellas que se extingan hoy serán las últimas en extinguirse para siempre.

Debo someterme a la conciencia abismal de Sadman, indagar en el pozo de ignominia al que llamaba su mente para dar forma al caos. Ya se oscurecen mis ojos, ya se aproximan las sombras, se acercan los remolinos de vaguedad y el magma insustancial: ¡se me abalanzan las olas del prodigio! Cuánta fuerza siento en este vacío, cuánta intensidad desaprovechada: un espacio convulso de fuerzas incontrolables que buscan una salida en todas las direcciones, pero que no alcanzan la luz por carecer de un ojo que los guíe, de una estructura donde sustentar su vigor titánico para propulsarse. Ya puedo distinguir una forma que se aproxima lentamente, la jerarquía de mis pensamientos comienza a imperar sobre el abismo multiforme.

Es un hombre, pero algo extraño hay en él. Le veo una cabeza sobredimensionada, grotesca, la cabeza de un caballo. Camina hacia mí, pero no se apresura. No debo claudicar ante esta visión incomprensible, debo sojuzgarla, esclavizarla bajo el peso de mi voluntad, el único órgano de representación que poseo en este lugar fuera del tiempo y el espacio. He de mostrarme firme, resuelto, para sembrar el orden que deseo.

—¡Yo te expulso, demonio!

—¿Por qué me grita de ese modo?

La potencia de esta aparición me sobrecoge, al hablar mueve los bellos, gesticula. El caos pulsante ha tomado imágenes de mi mente y las ha dotado del sentido de mi propio lenguaje; algo fabuloso. Los ojos del hombre caballo son expresivos y perturbadores porque son animales pero también sensitivos.

—Bien, sería estúpido hablar con... usted no puede ser real.

—¿Qué le impulsa a pensar tal cosa?

—¡Usted es un hombre con cabeza de caballo! —Si vacilo el abismo podría detectarlo y aprovechar la ventaja. Pero yo soy el arquitecto, mis palabras ordenarán el caos.

—¿Y puedo saber dónde radica el problema? —Su tono era gentil, me incomodaba. Razonar con la abominación será la clave para separarla de su origen y traerla a la superficie, donde será más débil.

—Nunca se ha visto que un cuerpo humano pueda albergar entre sus hombros la cabeza de un caballo. Son, naturalmente, dos criaturas distintas que no pueden coexistir en un mismo organismo. —Lamentablemente, la razón es frágil frente al absurdo. El hombre caballo no parecía alterado.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —me dijo despacio.

—Sí —respondí sin mucha convicción.

—Sabe usted lo que es un hombre, ¿no es cierto?

—Naturalmente.

—Y lo que es un caballo, ¿verdad?

—Sí.

—En el pasado existieron otras formas de vida que convivieron con los hombres. Parece mentira, pero no lo he olvidado.

—En ese caso, ¿no es su imaginación capaz de concebir una criatura que posea el cuerpo de un hombre y la cabeza de un caballo, sin que sea lo uno ni lo otro?

Me sentí satisfecho por el rumbo que tomaba la conversación. Pensé en sus palabras y contesté.

—Sí, pero...

—Sí pero qué —me interrumpió bruscamente—. Usted es capaz de imaginarme y ante usted me tiene. ¿Por qué duda?

—No entiendo... —Un golpe de consternación surcó mi voluntad. Pude sentir cómo el hombre caballo crecía ante mis ojos, pero seguía conservando su cordialidad, guardaba su ataque para el final.

—Sí entiende. Entiende perfectamente y por eso se aflige. Deje de verme como a una amenaza, yo no soy un peligro para usted. Se niega a aceptar la verdad a la que se enfrenta. Usted está solo.

—¿Solo?

—Efectivamente. Usted se empeña en creer que si la lógica, propia del hombre, no puede explicar un fenómeno, ese fenómeno debe obtener explicación gracias a una fuerza ilógica o sobrenatural. Una explicación inmanente a Dios. De ninguna forma admite que hay cosas que nunca entenderá usted ni Dios.

—¿Pero Dios no existe!

—Cierto. Ya no.

—Usted está loco. Nadie mejor que yo sabe la verdad de estos asuntos. Nadie mejor que yo conoce lo que se ocultaba tras la falsedad de aquella creencia. ¿Acaso Sadman ignoraba que el Fundador Viviente mostró al mundo la crudeza de lo real? ¿Está queriendo decirme no ya que Dios no existe, sino que existió en un pasado? —dije perplejo. Por supuesto que creía en la muerte de Dios, pero sólo en un sentido simbólico. Al matarlo yo había destruido en realidad las religiones que lo adoraban. Todo siempre quedaba en el ámbito de los hombres.

—Evidentemente. Mientras vivió el Universo Natural, el hombre estuvo convencido de su existencia.

—Pero la fe no puede sustentar la existencia de Dios por sí misma. Es posible creer en lo imposible.

—¿En qué se basa para afirmar tal cosa?

—Sencillamente porque la imaginación es más poderosa que la realidad. —

Aunque algunos afirman que no puede haber Demonio sin Dios, siempre he estado en contra de esta creencia. Existen fundamentos biológicos y genéticos muy precisos que sustentan mi razonamiento. El Mal nace de sí mismo y se alimenta de sí mismo. El Bien, en cambio, es consenso, esfuerzo y disciplina—. Por tanto, es posible creer en un ser inexistente.

—El universo que usted ha creado es una demostración de que la imaginación y la realidad están solapadas. La imaginación no es más que una realidad potencial. En cuanto una idea es concebida se garantiza su reificación. Toda profecía termina autoverificándose. Por eso mató usted a Noelle y a Newman, para que no pensasen más allá del Mundo que habían diseñado en su imaginación, por miedo a que sus ideas futuras llegasen a materializarse. Por tanto, ¿cómo puede un ser no existir?

—No me confundirá con sus paradojas lingüísticas. Desde su punto de vista, si imagino una mesa cuadrada y redonda, algún día podré sentarme junto a una.

—Estoy de acuerdo, siempre que usted tuviese una mente lo suficientemente poderosa. Porque no es fácil imaginar una mesa con las características que usted describe —dijo el hombre caballo no sin cierto sarcasmo—. Se lo explicaré de otra forma. El hombre creía en un dios inescrutable. La fe en un dios tal es inquebrantable, ya que, aunque no lo perciba, el hombre sigue creyendo en él. Esta fe aporta fuerza al hombre, y esa fuerza no depende de la existencia ontológica de este dios, sino de la propia fe que se deposita en él. La existencia de Dios no debe juzgarse en virtud de su inescrutabilidad, sino de su influencia. Si esa influencia existe, Dios existe, se mire como se mire.

Nunca se me podía haber ocurrido tal cosa. Me resulta inconcebible que Sadman albergase tales pensamientos. Sin duda, el abismo utilizaba materia de mi propia mente. El hombre caballo trataba de darme a entender que la sola creencia en Dios justifica y explica su existencia.

—Pero usted dice que Dios ha muerto.

—Naturalmente. Ya nadie cree en Él.

—¿Es imposible que Dios exista sin el sustento del inconsciente colectivo?

—Nada puede existir sin el sustento del inconsciente colectivo.

—Pero si nadie me reconociese a mí yo seguiría sabiendo que existo.

—Naturalmente. Usted es consciente de sí mismo. Usted está constantemente imaginándose a sí mismo, redefiniéndose, reificándose a cada paso.

—Por lo tanto, usted afirma que Dios existió, pero no era consciente de sí mismo. El hombre caballo asintió.

—Pero la religión transformó y, en cierto modo, ordenó el mundo.

—Así fue.

—¿Cómo puede una creación tener tanto poder?

—El hombre creía en un dios omnipotente, le imaginaba así, y de tal forma le

atribuyó la capacidad de ordenar el mundo a su antojo.

—Pero en ese caso, si Dios, por medio de la religión, ordenó el mundo, y esa cualidad le fue atribuida a Dios por el hombre: ¿es posible imaginar un hombre capaz de ordenar el mundo?

—Parece mentira, señor mío, que sea usted el que me pregunte tal cosa.

—Pero mi mundo es artificial, fue construido por máquinas.

—Y esas máquinas, capaces de construir estrellas, planetas, campos gravitatorios... fueron imaginadas, profetizadas, por usted.

—Entiendo.

—¿Está usted seguro de que lo entiende?

—Sí, ¿a qué se refiere?

—Ahora que estamos de acuerdo, quisiera hacerle una pregunta. En realidad, esta duda es el único motivo por el que he decidido acercarme a usted.

Lo sabía. El hombre caballo había logrado vencer mi resistencia inicial, había conseguido embaucarme, y ahora que yo había claudicado, se disponía a golpearme con todas sus fuerzas.

—¿Por qué no imaginó usted un mundo sin dolor? —me preguntó el hombre caballo. Me quedé en silencio. Aquella pregunta estaba tan alejada de nuestra anterior conversación, que me sentí desorientado, incluso avergonzado, porque no era capaz de recordar el motivo después de todo lo que se había dicho en aquel lugar desolado.

—¿Podría usted? —dije con rencor, saliendo al paso.

—No sea estúpido. Como habría comprendido cualquiera a estas alturas, yo no tengo consciencia de mí mismo.

Aquella maldita criatura me arrinconaba cada vez más, alejándome de mi verdadero propósito. Sí, alejándome de la salvación de las estrellas moribundas...

—No imaginé ese mundo, porque ese mundo no existe. Como usted mismo dijo, existen ideas imposibles de imaginar. Un mundo sin dolor es tan inconcebible como una mesa cuadrada y redonda.

—No, sólo dije que existen ideas que exigen una imaginación más poderosa para reificarse. Le prevengo que las palabras le ganarán la partida, señor Director. Y ahora, debo marcharme —dijo el hombre caballo y se dispuso a adentrarse en la negrura.

No podía permitirlo. Me sentía atrapado en el abismo, las fuerzas me flaqueaban y apenas me veía capaz de afrontar el esfuerzo de permanecer en la oscuridad. Este lugar me había vencido, y debía construir sobre el único fundamento que se me presentaba, el hombre caballo. Sólo él podía sacarme de aquel lugar infecto. Sentí angustia, miedo.

—No se vaya, no quiero estar solo. ¿Dónde podría ir? No puedo ver nada.

—De nada te servirá retenerme, yo no te seré de más utilidad, pues no me necesitas a mí, sino a alguien. Buscas una verdad en esta sima solitaria, pero ansías

un compañero para huir de tu diálogo íntimo; un tercero que impida que ese diálogo ahonde en el abismo: ¡abraza ese diálogo y ese abismo, pues en ellos hallarás esa verdad!

El hombre caballo se marchó y quedé solo en el vacío. Es fácil sumergirse en la desesperanza, pero luego no se encuentra la manera de abandonarla. Comencé a distinguir una diminuta fuente de luz en la distancia y caminé hacia ella animoso, deseando escapar de la atenazadora oscuridad que me rodeaba.

Una claridad tan poderosa que me cegó los ojos salió a mi encuentro y me hallé tan desorientado como en la oscuridad, pero invadido por una luz más blanca que el blanco. Me sentí doblemente perdido, pues nada me decían mis sentidos, pero una terrible impresión me advertía que yo sí podía ser visto. Descubrí en aquella luz que existía un horror que dominaba sobre las tinieblas, un horror consciente, solar, que funcionaba por saturación. Aquí no buscaba un camino para escapar, sino un objeto al que agarrarme momentáneamente. Mis oídos escucharon ecos lejanos y agucé los sentidos. Reparé en un murmullo sordo, grave, que se extendía por distancias enormes, y luego supe que los murmullos eran muchos, algunos distantes, pero otros, para mi turbación, más cercanos. Todos recorrían este espacio baldío, esta nada de proporciones insondables, pronunciando palabras humanas retorcidas por un dolor indescriptible. Parecía que esas palabras hubiesen sido repetidas durante millones de años. Escuché con atención y distinguí una palabra que cruzó el aire con cansancio junto a mi oído. Era el nombre de un ser humano, y por las sensaciones que sufrí al comprenderlo casi parecía que ese nombre fuese un ser humano en sí, más tangible, más real que si hubiese caminado frente a mis ojos. Sentí emociones de enorme complejidad, recuerdos, esperanzas, pero sobre todas había dolor, un dolor infinito. Tuve la impresión de haber estado una eternidad en aquel blanco vacío, y comprendí que todos los nombres, todo su dolor, tenían algo en común: un insoportable pesar de injusticia. Entonces un nombre sonido se aproximó de nuevo a mí, pero sentí que no se alejaba. Mi miedo era tan primordial que quise quitarme la vida allí mismo, pero yo no era nada, yo era tan insustancial como ellos.

—¿Quién eres? —mascullé con una voz encogida.

El sonido pronunció un nombre y sentí veneración a la ciencia, dolor e injusticia.

—Yo soy el destructor de mundos.

—¿Qué lugar es éste? —volví a preguntar temiendo su impronosticable cólera.

—La casa de las Almas Blancas.

El sonido era tan encarnecido, tan mortalmente doloroso, que no me sentí capaz de escucharlo una vez más y callé. Permaneció allí un tiempo y luego se marchó diciendo:

—Me he convertido en la Muerte.

Las voces de los nombres sonido comenzaron a entremezclarse, se confundían, y se convirtieron luego en una cacofonía ensordecedora que me trepanaba los sesos con la intención de volverme loco.

—¡No puedo veros! —grité, desesperado.

La cacofonía se detuvo como el aire succionado por la inminente onda expansiva de una explosión nuclear, y un millón de voces, con un millón de tesituras, con un millón de timbres, dijeron:

—NO PUEDES VERNOS PORQUE NADIE CONTEMPLÓ NUESTRA MUERTE.

Luego todos los nombres guardaron silencio. Me sentí tambalear, como si me fallase el equilibrio. Los nombres sonidos comenzaron a musitar al unísono, levemente, hasta que su terrible Voz fue la de un trueno cósmico.

—¿POR QUÉ PERTURBAS NUESTRO DOLOR TÚ QUE NO HAS MUERTO TODAVÍA?

Escuché sorprendido aquellas palabras titánicas. Comprendí que se trataba de otra prueba, un nuevo sueño, como el del hombre caballo, y me pregunté a dónde me conduciría esta vez.

—Yo soy Chandrasekhar, el Fundador Viviente. Busco a los culpables de la catástrofe.

—TÚ LE DISTE AL HOMBRE UN MUNDO SIN NORMAS.

—Yo comprendí que el hombre no desea normas. Lo único que hice fue borrarle los prejuicios tradicionales que lo ataban a ellas. Cuanta más libertad tiene el hombre menos responsabilidades desea. El hombre no desea la libertad, sino que lo liberen de las obligaciones.

—TÚ MATASTE A DIOS.

—Así es, yo lo maté, con mis propias manos, y construí un monumento para que nadie olvidase aquel día.

—¿POR QUÉ MATASTE A DIOS?

—Aquí no existen porqués.

—¿A QUIÉN PUSISTE EN SU LUGAR?

—A nadie. Una vez que la fe se desvanece la razón impide su recuperación. Sustituimos a Dios con la Ciencia, y a la Iglesia con la Televisión.

—SI DIOS NO EXISTE TODO ESTÁ PERMITIDO.

—Para el hombre todo está permitido.

—DIOS DABA FORMA A LA ÉTICA HUMANA.

—Si al matar a Dios desapareció la ética es porque la ética no es propia del hombre. Por lo tanto, no la necesita. El hombre puede crear y destruir lo que desee, pues él es el verdadero creador. Disfruta de la prerrogativa del primer motor.

—LA ÉTICA ES PROPIA DEL HOMBRE, PERO REQUIERE DE UNA FORMA, SIN FORMA LA ÉTICA ES MERA EMPATÍA. LA EMPATÍA ES FRÁGIL, TRABAJA DESPACIO, PUEDE CONFUNDIRSE CON FACILIDAD. LA FORMA LE PERMITE SOSTENERSE SOBRE UN CIMIENTO PRODUCTIVO.

—¡La ética siempre es derrotada por la ventaja numérica de la moral! Y nuestra

moral es el conflicto. El Mundo Libre creó a su propio Enemigo para que los hombres se uniesen contra él, apelando a sus instintos gregarios. Ése es el único vínculo social estable. La moral es consenso y el consenso puede ser manipulado en un mundo donde los grupos humanos se comunican mediante máquinas. La moral sólo servía a los antiguos Estados.

—LA MORAL CREA UN LAZO DE CONFIANZA ENTRE LOS HOMBRES, ES UN SISTEMA DE IDENTIFICACIÓN Y RECONOCIMIENTO. SIN ELLA LOS HOMBRES SON EXTRAÑOS PARA LOS HOMBRES. CADA UNO CAMINA DE FORMA SEPARADA, SIN DEMOSTRAR UNA TENDENCIA PARA LOS DEMÁS NI PARA SÍ MISMO.

—Nadie necesita tendencias, nadie las desea. Los hombres quieren actuar como les place, sin someterse a fronteras que les reduzcan las posibilidades.

—EL HOMBRE DESEA UNA TENDENCIA, DESEA CONOCER UN CAMINO. SÓLO ASÍ PUEDE ELEGIR TOMARLO O DESVIARSE DE ÉL. SIN CAMINO NO HAY ELECCIÓN, NO HAY INTEGRACIÓN NI APOCALIPSIS.

—Si el hombre desease normas las buscaría, las crearía. En mi mundo no hay demanda de normas, nadie se queja.

—EL MUNDO NO ES LIBRE.

—¡Pero cree que sí, y nadie aspira a nada más de lo que se le ofrece! En mi mundo no hay mentiras, todo lo que se conoce es cierto, nada es tamizado por la censura.

—EN EL MUNDO NO SE MUESTRAN OTROS CAMINOS, OTRAS ALTERNATIVAS. EL HOMBRE IGNORA LAS POSIBILIDADES.

—Eso no es culpa nuestra, al menos directamente. Las leyes del mercado son las leyes de la selección natural. Hemos llegado a gobernar el mundo porque hemos sabido obedecer esas leyes mejor que los predecesores, y no hemos cambiado nada desde entonces, más que el haber sido cada vez más fieles a ellas. Hemos jugado con las herramientas del hombre pre-artificial. No somos sino el resultado, nada más. El nuestro no es un gobierno maligno. Somos el reflejo de la sociedad. Hacemos poco más que conducir los modos de vida y proponer ideas. Ellos hacen el resto. Si matan es porque les satisface hacerlo. La diferencia estriba en que mi mundo no castiga al hombre por ser hombre.

—EL HOMBRE SE REVOLVERÁ.

—Eso no ocurrirá jamás. Todas las revoluciones hallan cobijo en el Mundo Libre. Él las mima, las equipa, las aloja y de ese modo son integradas. El Mundo Libre lo absorbe todo, es una sociedad indestructible que crece sin limitaciones, y lo hará siempre.

—LA EXPANSIÓN HALLA SU LÍMITE. EL ORIGEN ESPERA EN EL FIN.

El dolor que me producía la luz se volvió insoportable, una quemadura en mis ojos y en mi piel, la quemadura de una eterna explosión nuclear. Cierro los ojos y sé que he salido de ese blanco cegador, al abrirlos contemplo el Universo. Veo mi planeta, la capital de mi mundo, y veo su estrella, brillando con intensidad, sin saber que está amenazada. Veo el firmamento, más débil cada vez, y sé que el tiempo está cerca, que la acción debe ser rápida. Veo Hel y veo su cara interior, una cara blanca, bombardeada por el sol, pues la rotación de mis planetas es igual a su traslación. Nada hay que pueda mejorar el diseño cosmológico de Noelle y Newman, pues la rotación de los planetas se frena con el paso de los siglos. Ellos supieron aprovecharse de este problema, y la descompensación calórica entre la cara expuesta a la estrella y la oculta, la única habitable, es aprovechada por los generadores geotérmicos para proporcionar a todo un planeta la energía que necesita. La excesiva inestabilidad meteorológica produce una lluvia incesante sobre Hel, que baña sus calles bajo la Torre Empírea. Desde allí gobierno sobre el Mundo Libre. Pero para impedir el fin debo descubrir a los responsables de la catástrofe.

No lo lograrás. La catástrofe tiene responsables, pero no viven, todos completaron su obra en el pasado. Sólo tú sigues vivo para contemplar las consecuencias.

Quién habla, quién surge de las estrellas moribundas que me rodean.

Yo soy el que murió y se unió a las Almas Blancas. Soy el que ha escuchado y el que ha comprendido. Soy aquél al que los hombres llamaron Sadman.

Eso es imposible. Tú no existes, sólo yo poseo la consciencia sobre este cuerpo.

Mi existencia trasciende la de tu consciencia. Yo hablo porque sé que existo al margen de ti, al margen de tu percepción de las cosas. Tú no eres capaz de ver lo que sólo tú puedes, que el mundo camina hacia la destrucción obedeciendo a sus propios principios.

¡No, te equivocas! Existen culpables, saboteadores, ellos destruyen mis estrellas.

Las estrellas se mueren solas, son antiguas, están cansadas, pero, sobre todo, son artificiales. Un error en una de ellas es un error para todas ellas.

Ignorante. No conoces el secreto de su funcionamiento. ¿Crees que podría haber construido un universo artificial sin haber descubierto la manera de extraer energía del vacío? Mis estrellas producen más energía de la que consumen y así alcanzan un movimiento perpetuo. Es un verdadero mecanismo sin mecanismo. Nada puede alterar su funcionamiento, ¡excepto el sabotaje!

Nadie sabotea las estrellas más que la Entropía, como te advirtió Noelle, en contra de la opinión de Newman, a quien siempre tuviste en mayor estima. Las estrellas

artificiales incrementan la energía potencial gravitatoria de tu universo, lo que las obliga a consumir una cantidad de energía cada vez mayor para conservar su estado de orden y realizar el mismo trabajo. Con el transcurso de los eones, ese desgaste llegó a ser casi infinito. Hace millones de años que fallaron y dejaron de producir hidrógeno, pero tú no te has alarmado hasta que han comenzado a apagarse. Todas las estrellas que contemplas son sólo cadáveres liberando su último estertor.

¡No! Las estrellas se diseñaron hasta que los cálculos dieron una probabilidad de error de cero.

La ciencia humana no puede autoverificarse. La matemática es incapaz de demostrar su propia validez. La teoría de errores es humana. Creaste un mundo eterno que se basaba en su propia expansión. La expansión ha llegado al límite inimaginable del infinito. Más allá no hay nada para él.

Es imposible, lo que dices no puede ser...

Cuando el mundo crecía, lo imposible aguardaba. Todo lo posible ha ocurrido ya. El único lugar que queda por ocupar es el que habita lo imposible. Ha llegado el momento de chocar con lo que no se mueve, con lo que es paciencia infinita.

Ahora, Chandrasekhar, que has comprendido, has llegado al lugar donde yo aguardaba. Tu crecimiento ha alcanzado su límite, y allí me ha encontrado esperándote.

Me siento sobre el sillón y espero. Espero recostado, con los brazos apoyados sobre el cuero marrón. Espero el Fin del Tiempo, pero algo bulle desde dentro hacia fuera ahora que mis pensamientos son los de aquél al que llamaban Chandrasekhar y aquél al que llamaban Sadman. Poseo la memoria antigua del Fundador, poseo la memoria última del Destructor. Recuerdo por qué detuve el reloj como un símbolo y construí más tarde aquella estatua desproporcionada. Recuerdo mi odio por las guerras incontrolables y mi satisfacción por la constancia de los Mundos Bélicos. Recuerdo la construcción del Muro para separar a los desheredados de mis hijos elegidos. Recuerdo la creación del Enemigo interior para cobijar a los revolucionarios. Recuerdo cuando lancé a los débiles de espíritu en la cara interna de Hel, envuelta en llamas cegadoras. Recuerdo cómo encerré a los clarividentes en los manicomios de Piranesia, en la frontera entre la vida y muerte. Recuerdo el ojo panóptico desde mi Torre Empírea, para verlos a todos, para que no me viesen más que a mí.

Una extraña sed nace en mis entrañas y recuerdo dos edificios colocados uno al lado del otro y recuerdo cómo entré por uno de ellos y salí por el otro. Recuerdo lo que vi en aquella Maternidad y algo comienza a quemar en mi pecho. Fetos, montañas de fetos más allá de las salas donde paren las mujeres con dificultades económicas. Un médico le parte el cuello al bebé que acaba de sacar del vientre de su madre. La madre se levanta para asegurarse de que le pagan su comisión por los órganos del bebé. Más allá hay enormes estancias donde engordan los órganos extirpados; se cuentan a miles. Los fetos son apilados en los pasillos intermedios, para que los del Tanatorio les hagan las operaciones. Algunos bebés siguen vivos cuando los abren en canal; lo hacen para ahorrarse el esfuerzo de matarlos. Un médico me dice que la anestesia es para los que la pagan; hacen cientos de operaciones cada día. Entonces recuerdo al recién nacido que había sido arrojado en las ruinas encharcadas; él que había sido repudiado por la que le vio nacer. Recuerdo su negativa a aceptar la muerte, su lucha para seguir vivo, aferrado a la esperanza de seguir respirando, sin importar lo que sus maltrechos ojos habían sufrido en un solo día de vida.

Recuerdo estas últimas cosas y entonces recuerdo la primera de todas.

00.

Dormíamos desnudos porque era la última vez. Mis brazos rodeaban su cuerpo tierno y cálido mientras me envolvía el silencio desconocido de una habitación sin televisor. Estaba despierto, pero no quería abrir los ojos, para no convocar al viento negro. Me sentía tan calmado, tan tranquilo, lejos de aquella fuerza inquebrantable que poseía las palmas de mis manos y de mis pies, que surgía en mi estómago y sólo me abandonaba cuando los casquillos dejaban de rebotar... Tenía los ojos cerrados, pero podía sentir su abrazo triste, manso y caliente. Escuchaba el rumor de la brisa en las ventanas, acariciando los paños blancos por donde se filtraba la luz del crepúsculo eterno. Pero no escuchaba la lluvia. El viento negro despertó, porque al viento no le gustaba lo imposible. Me aparté de ella, porque sabía que el viento negro acabaría con su vida sólo por estar en contacto con su protegido. Y entonces comenzó a llover y abrí los ojos y el viento negro se derramó lentamente a través de mis pupilas, convirtiéndose en un trueno lejano.

Me incorporé y comencé a vestirme. Mis ropas estaban todas desperdigadas por el piso, pero yo no me pregunté a qué se debía aquel desorden, porque yo nunca me hacía preguntas. Tomé mi gabardina del respaldo de una silla, me la emboqué y comprobé mecánicamente que la pistola estaba en su lugar. El cuerpo de ella percibió que yo había abandonado la cama y cambió de postura sobre las sábanas. Me volví y observé lentamente sus cabellos y recordé sus ojos, de aquel color distinto al de cualquier otro, su serenidad. Parecía alguien a quien el viento negro nunca hubiese visitado, alguien que había logrado sobrevivir hasta aquel día sin obedecer las sabias señales de la fuerza innombrable. La noche anterior sus lágrimas dibujaron el contorno de una persona débil. Su cuerpo desnudo me parecía hoy el de una criatura mitológica, antigua y sagrada. Pero no como aquellos ángeles que repartían bocadillos calientes entre nubes de azúcar. Entonces yo no me hacía preguntas, pero comprendí que no había en aquel mundo una palabra para definir lo que ella me inspiraba. Pero sí pensé que esa palabra debió haber existido alguna vez, y alguien debía de haberla pronunciado en algún lugar lejano, viéndose en una situación parecida a la que yo me encontraba entonces. Tal vez aquella palabra fuese de uso cotidiano en aquel mundo distante, hasta que fue olvidada. Recuerdo haber tenido un pensamiento extraño, una idea leve que ascendía al final, inconclusa. Entonces vi la orden de homicidio y muchas palabras de uso cotidiano invadieron mi mente de golpe. Olvidé aquellos pensamientos desconcertantes y me dispuse a cumplir con mi obligación, sintiéndome algo traspuesto y avergonzado.

Me encaminé hacia el baño. Lavé mis manos como siempre y limpié mi rostro de legañas y sudor nocturno. Volví al dormitorio y me coloqué a los pies de la cama, a tres metros y medio de su corazón. Afiancé los pies, calculé la distancia y apunté

unos milímetros bajo el corazón, porque el alza estaba ajustada para siete metros. Tomé un poco de aire, el suficiente para llenar un vasito de whisky, contuve la respiración y apreté el gatillo cuando ella abrió los ojos. Vi aquella mirada verde, como ningún color del mundo, mis párpados se cerraron incomprensiblemente y la bala atravesó su torso por debajo del seno izquierdo.

Abrí los ojos asustado, sin entender lo que había ocurrido. Ella trataba de incorporarse, sin proferir una queja, mientras la sangre brotaba de su pecho hendido. No, aquello no podía estar sucediendo, era imposible. Nunca había fallado un disparo, nunca. Por qué había tenido que parpadear. Por qué la gente parpadeaba cuando apretaba el gatillo. Por qué me asaltaban aquellas ideas inconclusas que me paralizaban mientras ella agonizaba. Levanté mi pistola y disparé de nuevo. Ella me miraba, me miraba directamente con aquellos ojos inexpresivos y volví a parpadear. La bala penetró en su carne y en sus huesos y ella masculló de dolor. Por qué no venía a rescatarme el viento negro. Por qué me sentía tan indefenso. Por qué no se moría de una vez. Por qué no dejaba de mirarme de aquella manera. Disparé, una y otra vez, hasta que la pistola se encasquilló.

Abrí los párpados y la miré con las pupilas dilatadas, lleno de religioso asombro. Eva estaba muerta. Sus ojos, abiertos, me sonreían.

II.

Entonces su alma se partió en pedazos.
Y lloró las lágrimas del que había condenado a la Humanidad,
y liberó a la Humanidad de su sufrimiento;
lloró las lágrimas del que había destruido la Esperanza,
y renació en el yermo en el que la había arrojado;
lloró las lágrimas acumuladas durante milenios de tormento,
y el tormento fue consolado;
lloró el dolor de las generaciones perdidas,
y los perdidos fueron hallados;
lloró las lágrimas de las víctimas del Exterminio
hasta que sació su sed de paz;
lloró las lágrimas del que sabe que es el único responsable del
horror,
y pudo perdonarse por aquel horror.
Lloró las lágrimas de un dios plutónico
y sus pensamientos ascendieron suavemente
a la noche del amanecer eterno,
cuando Eva le hizo el amor,
y cerró los ojos húmedos para entregarse a aquellos dulces
recuerdos
mientras lentamente se apagaba Tertia M Alfa,
la última estrella del Universo.



Sergio Achinelli estudió Filología Inglesa, Periodismo y Comunicación Audiovisual. Ha trabajado como periodista parlamentario y científico tanto en radio como prensa escrita. *Lágrimas de un dios plutónico* es su primera novela, escrita entre los años 1993 y 2000.